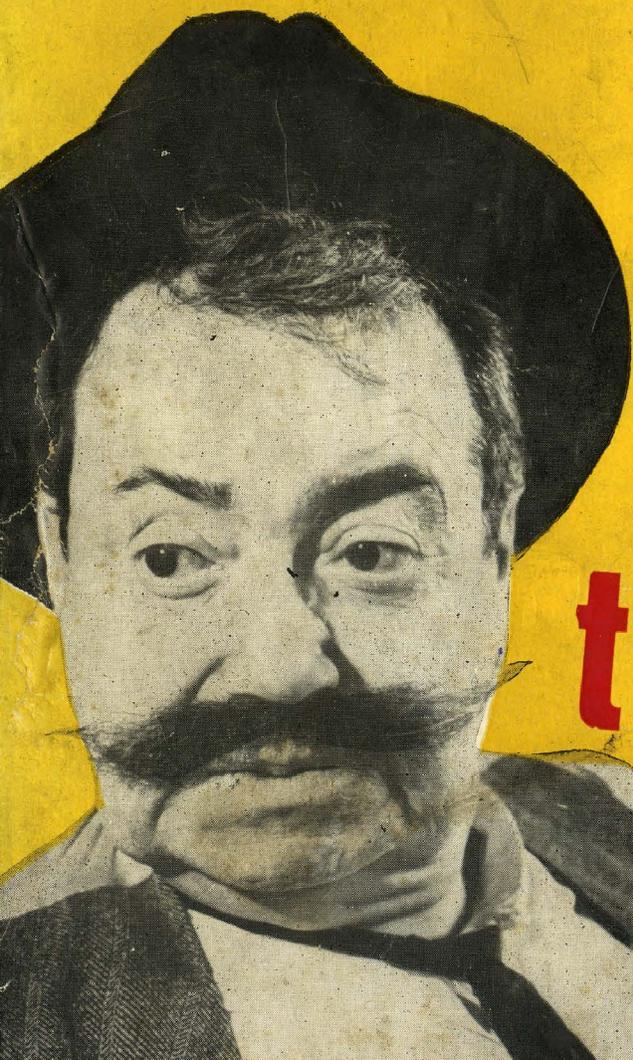


# LOS CUENTOS de



pepe  
Cas-  
tellano

# *Los cuentos de Pepe Castellano*

(PEPE MONAGAS)

LAS PALMAS, 1968

Depósito Legal G. C., 153-1968

---

Imprenta Lezcano - Paseo Tomás Morales, 17

# PALABRAS DE LA AMISTAD

- 1 *JUAN BOSCH MILLARES*
- 2 *JUAN DEL RIO AYALA*
- 3 *PIO GOMEZ NISA*
- 4 *ORLANDO HERNANDEZ*

*Los machangos que acompañan estos cuentos los dibujó Perico Lezcano «El Loco», como homenaje a su buen amigo Pepe Castellano.*

**P**EPÉ Castellano, encarnación del alma popular, persona que hizo famoso el anecdotario de nuestras costumbres y modismos con toda la gracia que brotaba de sus charlas y cuentos, queda desde ahora perpetuado en las páginas de este libro amorosamente editado y llenas de afecto hacia sus recuerdos.

Enamorado de su tierra, valorizó y mantuvo tenso durante muchos años el contenido de nuestro vocabulario, peculiar y determinado, recogido desde tiempos antes, con todo entusiasmo y cariño, por otra figura isleña, Pancho Guerra, que dejó al morir profunda huella en la lexicología canaria. Unidos espiritualmente y desaparecidos de modo análogo, pues ambos se durmieron en el silencio de unos instantes sin dar tiempo a que aparecieran en sus caras la mueca del dolor o el gesto de protesta, fue sin duda alguna Pepe Castellano, el mejor intérprete de las andanzas, aventuras, memorias y cuentos de Pepe Monagas, el famoso personaje que modeló aquel gran costumbrista sin pensar que nuestro gran humorista sería su principal imitador. Por eso Pepe Monagas y Pepe Castellano fundidos en la misma esencia, sembraron por pueblos y ciudades ese propio y privativo modo de hablar que hace reír con expansiva alegría y regocijo. Por ello aunque vivieron separados por la distancia y admirados y queridos por todos, Pepe Monagas continúa viviendo en los cuentos, aventuras y memorias de Pancho Guerra y en las páginas de este libro que ven hoy la luz pública gracias al impulso fervoroso de los suyos y al asentimiento unánime de los que fuimos sus amigos. De esta manera, Pancho Guerra y Pepe Castellano seguirán haciéndonos reír y llorar de risa en todos aquellos instantes en que el alma agotada por las conmociones de la lucha, necesita del descanso para continuar combatiendo.

Pepe Castellano fue dentro de nuestro modo de ser, hombre con personalidad propia. Rechoncho, ventrudo, cabeza cubierta por sombrero de fieltro, cara redonda como luna llena, portando bigote descomunal en longitud, cuello abierto y corbata anudada sin orden ni concierto, aparecía sobre las tablas del escenario dando a su rostro

la expresión inolvidable del gesto y de la sonrisa. Su palabra encendida a veces, modulada otras, pero siempre rica en matices e imitaciones, vibraba como pregón de alegría hasta hacer reír a borbotones a cuantos veíamos en él, el inesfable encanto de nuestro léxico y de sus transformaciones a través de los tiempos.

Los cuentos que siguen, parte de su obra inédita, son el ejemplo vivo de cuanto tengo manifestado, pues en todos ellos inmovilizados sus gestos y ademanes y silenciada su manera de decir, se mantiene enriquecida el alma popular que es en fin de cuentas, lo que nunca muere en el curso de la Vida.

JUAN BOSCH MILLARES

## 2

**D**E una manera inconsistente se ha querido establecer una dependencia de Pancho Guerra en el arte de Pepe Castellano, hasta el punto de considerar a éste como una inducción del primero, cuando, en realidad, las personalidades de ambos son completamente diferentes.

Pancho Guerra es siempre el escritor erudito atento a la picaresca y el vernaculis no del pueblo canario, a la manera clásica (como respecto a Castilla, las narraciones y novelas que van desde el convencionalmente considerado anónimo «Lazarillo de Tormes» a la «Historia del Buscón» de Don Francisco Quevedo) no sin que tenga su antecedente en «Las Canariadas» de los Hermanos Millares. Por el contrario, Pepe Castellano, es la encarnadura de ese mismo pueblo, congenitamente salida del mismo, de tal manera que sus actuaciones —desgraciadamente ya sólo un grato recuerdo— y sus narraciones escritas son mejor comprendidas y saboreadas por los públicos populares que por los selectos y conspicios.

Puestas en parangón Cantinflas y Charlot, Pepe Castellano, en su canarismo, se identifica con el primero en su mexicanismo y difiere totalmente del segundo cuya histriónica caricatura trágica del clásico pícaro nada tiene que ver con el realismo cómico-dramático de un pueblo, como se realiza en Cantinflas.

*Los personajes que encarnaba y describe Pepe Castellano le surgían espontáneamente al paso de las más variadas anécdotas populares, mientras que los creados por Pancho Guerra, sobre todo el autobiográfico Pepe Monagas, son siempre los mismos pícaros presentados magistralmente como realizadores de similares acaecidos. Esos mismos personajes de Pancho Guerra, a quienes Pepe Castellano no desdeña darles vida, adquieren en su arte tan acomodado verismo popular, que esta masiva clase de público llega a olvidarse de su nombre de pila para endilgarle el de «Pepe Monagas».*

JUAN DEL RÍO AYALA

### 3

**H**ABLÉ por última vez con José Castellano «Pepe Monagas» pocos días antes de su muerte. Tengo amigos que pueden certificar mi comentario al terminar una de sus triunfales actuaciones. Fue en la terraza del Real Club Náutico y, como digo, pocos días antes de que sucediera lo peor. Dije, poco más o menos: «Pepe Monagas, participando en estos festivales benéficos, lo que hace en realidad es depositar moneditas de generosidad en su hucha, que bien pronto se va a romper». Lo dije porque aquella noche apenas si pudo bajar del escenario, medio asfiziado por el asma, medio carbonizado por la nicotina de su fuerte tabaco negro. Y parece que no me equivoqué: Pepe murió con la generosidad puesta en el alma, participando en un festival en Tenerife. Debe ya estar, por tanto, rompiendo su hucha y repasando en el cielo las incontables moneditas de amor al prójimo que supo guardar. Como hombre y como artista fue insuperable y nadie como él representaba mejor no sólo la gracia sino el generoso ademán canario ante la vida. Su recuerdo es sumamente aleccionador para mí, que se honra en contarse entre los que recibieron los diezmos y primicias de su talento y de su alma.

Pfo GÓMEZ NISA

**L**UIGI Pirandello, en un ensayo sobre humorismo, copiaba lo siguiente: «Los hombres —se lee en un viejo libro de medicina— tienen cuatro humores, a saber: la sangre, la cólera, la flema y la melancolía; y esos humores son los motivos de las enfermedades del hombre». Si este viejo postulado médico no tiene puntual vigencia, sí es innegable que la risa amplia y fundada es signo inequívoco de salud. Y ello hasta tal punto, que el humor está reñido con la ternura en cuanto de enfermizo puede tener ésta.

En el caso concreto de nuestro humorista, de este Pepe Castellano que se nos fuera, tan grotescamente como nos había hecho reír, su desgarrado y elemental humor tenía toda la torrencial fuerza del primitivismo de la salud.

Es innegable que en su manera de actuar había quizás ese exceso del histrión que ha de hacer reír en las plazas públicas. Pero si lo que intentáramos es buscarle peras al olmo, tendríamos que considerarle con la misma holgura con que se miden esas situaciones límites que se hacen forzosas para que se dé la tragedia. Pues si para la emoción enfática se puede dejar la cuerda hasta el chirriar amenazante de desquebrajamiento, no vemos la razón del por qué no se puede hacer lo mismo a la hora de la risa.

Ya sabemos que el Pepe Castellano que se nos fue, no era un «humorista de salón», un caricaturista intelectual de estilete agudo. Su humorismo no fue nunca de sonrisa, sino de carcajada destemplada y sin modales, pero sana como un desahogo.

Al Pepe Castellano, humorista isleño inigualado y por largo tiempo irremplazable, no lo podemos considerar como literato costumbrista; pero sí como un actorazo de cuerpo entero en cuanto significara representación de nuestro teatro de costumbres, porque Natura le dió genio y figura y cualidades para ello.

Harina de otro costal sería la disquisición sobre la elementalidad de nuestra manera de reír. Pero esto sería tema que nos obligaría a hurgar raíces tan profundas, que nos llevarían hasta el venerable drago de Icod, por querer representar en él la entrañable savia de la canariedad. Y de eso, de nuestra manera de ser, de

*nuestra irremediable idiosincrasia, no tuvo la culpa precisamente, Pepe Castellano. Ni él, ni cualquier otra individualidad sin más poderes que su buena voluntad.*

*Lo cierto es que Castellano pudo decir satisfecho de su público del Archipiélago, lo que el personaje «Monagas» decía de Esteban el Baifo, en el entremés de Pancho Guerra: «A mí lo que me jeringa son los abusos». «Conmigo amarra bien, que yo le manejo la liña como usted pescando viejas». Y es lo innegable. El pueblo rió siempre a mandíbula batiente, nada más aparecer «Pepe Monagas» sobre los cuatro tablones del improvisado escenario. También es cierto que algunas personas de las de saloncillo y mirada por encima del hombro, le censuraron no pocas veces y a boquita chica, su exhuberante manera de hacer y decir. Pero la realidad es que también les vi cuando les llegó el turno, reírse a pata suelta, «con las cosas de Pepe Castellano».*

*Total, que el pueblo se identificaba con su prototipo de isleño llano, de cumbres o medianías, y por más vueltas que se le dé, por ahí anda la cosa para reírse en canario. Risas constantes de nuestro pueblo como tal, de cuyas palpitaciones parecen querer olvidarse quienes no ven más allá de nuestra careta de cosmopolitas.*

*Estos cuentos que tantas veces le escucháramos en la voz y el gesto del inolvidable Pepe Castellano, se ofrecen hoy editados. ¡Ojalá que la letra impresa conserve una parte del gracejo que el actor derrochó siempre!*

ORLANDO HERNÁNDEZ

# UN DIA DE CASNAVAL



Como se sabe, en Las Palmas capital están suspendidos los Carnavales desde hace muchísimos años, no obstante en el interior de la Isla se celebran en muchos pueblos. Entre ellos se encuentra Arucas, donde acaeció lo que a continuación les relato.

He de hacer antes la presentación de los personajes de este cuento, los cuales son Maestro Manuel el Pedrero y un Guardia Municipal de aquel pueblo.

Maestro Manuel, era hombre que le gustaba pasar sus ratitos entre los amigos. Un tenderete le gustaba más que comer como se suele decir.

Era hombre que cuando se metía en barrena, "respetive" al coperío, perdía la cuenta y no sabía cuándo terminaba.

La acción de este cuento fue celebrando unos carnavales, los que él cogía desde el sábado y los terminaba en Miércoles de Cenizas, bastante escurriitos.

El Martes de Carnaval del día del cuento, después de andar de la seca a la meca, recalaron Mastro Manué y unos cuantos amigos, siendo la primera noche, en los altos de Arucas en el timbaque de un tal Estebitas el Batata, donde desde que llegaron bastante cargados de bebida empezaron a tocar y cantar, que aquello más bien parecía una algarabía que una parranda.

Como dejo dicho, no callaron en toda la noche, dando motivos para que varios vecinos se quejaran sin que ellos les hicieran caso alguno.

El Sereno que hace la guardia en la plaza y calle principal, visto y oído que no dejaban de cantar:

*Sereno.*—(Se lamentaba). ¿Onde demonios estarán de

juerga que en toa la santa noche han dejao de cantar? Si supiere ende es, les aparaba el carro.

En esto, ve bajar, siendo muy cerca de las cinco de la mañana, a un boyero conocido de él, al que le pregunta: *Sereno*.—¡Chacho! Onde demonios están de canturreos que ende la prima los estoy oyendo y no había manera de que se callen?

*Boyero*.—No me diga na. Están en cas de Estebitas el Batata y por más que nos amos quejao, no hay quien los calle. Es mastro Manuel el Pedrero y unos cuantos más. A mí me han tenío toa la noche sin pegar un ojo.

*Sereno*.—Voy a tirarme un sarto pa que se callen, porque esto no puee seguír. (Llega a casa de Estebitas en el momento en que Maestro Manuel cantaba aquello de “Sale Luna con tus rayos y alúmbrame mi camino, que se me ha perdido el tino y no se donde me hallo”). Le dice a Mastro Manuel: ¡Se acabaron los cantos!

*Maestro Manuel*.—(Le responde al momento). Pos que tai-gan un viaje de ladrillos. (Y siguió cantando hasta terminar la quarteta).

¿ME CONOCE, MANUELITO?



Era Manuel el “Burro” un marinero de los que por cosecha de la pesca en la corvina, estaba destacado en un pontón, durante un período de seis meses, y en algunas ocasiones bastantes más.

En la ocasión de lo sucedido en este relato, el Burro tuvo que ser trasladado antes de que se cumpliera el período de contrata, por lo que, al presentarse ante su mujer Gregoria la “Ratona”, ésta se escandalizó de tal manera que estuvo, raspa, raspa que no le da un patatús al ver el estado de desfallecimiento en que se le presentaba quien salió de la casa era un hombrón lleno de “vía y salún” y racalaba “tan escaio, tan escaio” que daba pena “veslo”.

Cuando la Ratona le preguntó la causa de su estado, el Burro, le hizo saber que por mol de una picáa con una espina de chucho, se veía ansina.

Por desconocimiento del estado en que estaba, no sabía que era diabético, se dejó dil, y cuando se vinieron a percatar estaba que no tuvo encabaúra y dio con él en la tumba.

Durante el período de la enfermedad, el visiteo a los médicos fue continuo y la mejoría que no aparecía por ningún lado.

Llegó a tal extremo, que una mañana en que la Ratona le preguntó:

*Ratona.*—¿Cómo estás hoy Manué? Cómo te alcuentras?

*Manuel.*—¡Esto no tiene soldaura! ¡Esto va con la proba pal marisco!

*Ratona.*—Yo no te alcuento tan malo, Manué. Hasta tienes otra cara.

*Manuel.*—Puee ser cuando tú lo dices, pero yo sé que no

salgo de ésta. Yo estoy muy escaio. ¡Ay Regoria!  
¡Como Dios no ponga su mano!

Diálogos como el que antecede, se sucedían a cada instante hasta que llegó el día en que el Burro guardó cama, o mejor dicho la cama lo guardó a él, ya que se acostó para no levantarse más.

Una mañana en que la mujer, como de costumbre, le fue a ofrecer un poco de alimento, notó que estaba tan "atrocao y metío en un pujío" que le imposibilitaba hablar, haciéndolo con un murmullo, incomprensible.

Alarmada la mujer fue a dar cuenta de cómo estaba Manué a la tienda de Madalenita la Jendía hecha un mar de lágrimas. Por mucho que la consolaban diciéndole:

*Vecina.*—Usté verá que no es pa tanto, Gregorita.

*Gregoria.*—Usté dice eso porque no lo a visto. ¡Ay Virgen Santísima! ¡D'esta ves lo pierdo! Ya ni pesnuncia. Está atroncao. Vaya a verlo y como cosa suya le pregunta si la conoce pa que usté vea. Yo lo encuentro hasta con la vista esparramá. ¡Vaya, mujé!

Acompañada de la esposa llega al pie de la cama la vecina, preguntándole:

*Vecina.*—¿Esta mejó, Manuelito?

*Manuel.*—(Como un murmullo le sale la voz) Me... ma... mo...

*Vecina.*—(Mirando para la mujer y dando de cabeza). A mí no me gusta, quería mi-alma.

*Mujer.*—Pregúntele, pregúntele pa que usté vea.

*Vecina.*—Manuelito ¿cómo esta? ¿Está mejó?

El mismo murmullo y no sale de él, cuando nuevamente le requiere:

*Vecina.*—¿Me conoce, Manuelito?

Al recibir por contestación el mismo murmullo, le dice a Gregorita.

*Vecina.*—¡Quería! Esto esta pa curato. Yo no asperaba a más tarde.

**Gregoria.**—¡Ay! No me lo diga. No me diga que lo encuentra tan mal.

**Vecina.**—¡Señora! ¿Usted no se apercata cómo está?

No obstante lo dicho por la vecina, para estar más sobre lo seguro, Gregorita invitó a varias vecinas más a que visitaran al marido y le hicieran casi todas preguntas por el estilo, y sobre todo recargando lo de ¿ME CONOCE, MANUELITO?

Tan jarto tenían ya a Manuelito, que una mañana en que estaba la mujer escamando una sama para hacerle un pisquito de caldo de pescado, sintió como un murmullo, y alarmada se acerca a la cama donde está el Burro y le pregunta:

**Gregoria.**—¿Tú me llamastes, Manué? ¿Qué querías, mi niño?

**Manuel.**—(Con un tono de voz muy débil). Oyes Regoria.

**Gregoria.**—¿Qué mi niño? ¿Qué?

**Manuel.**—¿Esta... mos... en... Casna... vales?

**Gregoria.**—(Al recoger la pregunta se lamenta). ¡Ay que está desvariando! (Esto dicho en un aparte).  
¿Por qué me lo preguntas Manué, si se puée sabé?

**Manuel.**—Porque... ya me... tienen jarto... toos los que me preguntan: ¿ME CONOCE, MANUELITO?

# EL NIÑO CABESÚO



Andrés el “Sajosnao” era hijo de Ritita la “Sajosná” la que con muchos sacrificios y penalidades, lo crió con los mayores mimos por tratarse de que era “hijo póstumo” como decía ella, ya que nació a los dos meses de haber muerto el padre.

El niño, como dejamos dicho, a costa de los sacrificios de la madre se crió regalón. Cuanto apeteciera, la madre lo buscaba para satisfacer sus caprichos.

La poca inclinación al trabajo, la demostró siendo aún pequeño, ya que en más de una ocasión, estando leyendo un T. B. O. o un libro de cuentos se dio el caso siguiente:

*Andrés.*—(Acostado y leyendo) ¡Madre! ¡Madre! (llamando).

*Madre.*—(Desde la cocina, ya que estaba ocupada en los menesteres de la casa). ¿Qué quieres, muchacho?

*Andrés.*—Venga cá.

*Madre.*—Ora no pueo. ¿Pa qué me quieres? Dime.

*Andrés.*—Venga cá señora.

La madre dada la insistencia de la llamada acudía, y al preguntarle:

*Madre.*—¿Pa que me quieres muchacho?

*Andrés.*—(Con el libro abierto en las manos) Pa que me mude la hoja madre.

Aunque a ella esto la enfurecía, siempre encontraba una disculpa por la desgracia que su hijo había tenido de “no conocer a su padre”.

Como buen ciudadano Andrés le sirvió a la Patria y una vez licenciado, le hizo saber a la madre que quería dedicarse a la venta de paquetería por el interior de la Isla,

idea que ella aprobó desde los primeros momentos, ayudándole con unos pequeños ahorros que tenía.

Las salidas primeras dieron muy buenos resultados dando motivos a que se extendiera más el campo de acción de nuestro Andrés, y tuviera que hacer ausencias de varios días, al regreso de los cuales y tras un cotejo entre el costo y venta de las mercancías llevadas, el capítulo utilidad era halagador.

Como dejo dicho con respecto a las ausencias, la última de ellas tuvo un período de cuatro meses de duración, por cuyo motivo la madre estaba bastante preocupada; más todo se aclaró al presentarse en la casa, no con los géneros sobrantes de la venta: se presentó acompañado de su esposa, pues en este viaje nuestro hombre se casó.

Al darse de cara con la madre y ver la admiración de ésta:

*Andrés.*—(Sabiendo que la madre se mostraría conforme con los hechos). Nos casamos madre...

*Madre.*—¡Ta bien mi hijo! ¡Ta bien! Si fue de tu gusto ¡ta bien!

*Andrés.*—Yo sabía que usted no se enfadaría. Por eso no la visé, pa darle la sorpresa.

*Madre.*—Náa mi hijo, tú sabes que onde comen dos, comen tres. Esta siempre es tú casa.

Se alojaron en la casa de la Sajosná y él continuó con el negocio al darse cuenta de que la madre hacía buenas migas con su mujer. Llamábase ésta Corina.

La venida al mundo de un niño fruto del matrimonio llenó la casa de gran alegría por una parte y de consternación de otra. La primera, por el fruto, y la segunda, por que el niño al nacer pesó siete kilos. CINCO kilos de CABEZA y dos de cuerpo.

Considerado como un fenómeno por la hidrocefalia, la abuela todo se le daba en ocultarle para que las vecinas no hicieran burlas del niño, y así cuando le preguntaban:

*Vecina.*—Ritita ¿cómo esta su nuera?

*Ritita.*—(Viéndolas venir). Bien.

*Vecina.*—¿Y el niño?

*Ritita.*—Bien también, gracias a Dios.

*Vecina.*—¿Se puée ver al niño?

*Ritita.*—(Para no dar motivos a la crítica por negarse).

Ahora está dormio y es unna pena despertalo.

Ya lo verá.

Habiendo corrido la voz de la anormalidad del niño, el día en que fueron a bautizarle la Iglesia estaba tan llena de gentes que más parecía un día de los de la fiesta del barrio que gentes para un bautizo.

Fue llevado a la Iglesia por la abuela, que haría de madrina, envuelto en una pañoleta —(Por mol de que coja aire) como decía la abuela.

Entre los curiosos que esperaban en la Iglesia se hallaba un chiquillo tartajo, el que al verle cuando lo descubrieron para bautizarle dijo:

*Chico.*—¡Ya María Santísima! ¡Fuerte cabeza! Vaya un chiquillo cocúu! ¡Caballeros!

*Abuela.*—(Indignada) Cáyate, machango! ¡Malcriado! Cuando vea tu madre se lo voy a decir.

*Chico.*—Señora, no se ponga así. (A un amigo que tenía junto a él). A este niño se le mete una mala idea en la cabeza y pa echársela fuera es menester meterle un jurón.

*Abuela.*—¡Jurón! Chiquita cara de jurón tienes tú, ¡burletero!

*Chico.*—(Al amigo). Si se le pone un piojo en el escuezo al medio día y tiene que dar un recado en la frente, si no va montado en una Vespa, llega de madrugada. ¡María Santísima! ¡Oiga señora! ¿Tooa la cabeza es de él?

Ya pueden imaginarse en qué estado de ánimo estaría la abuela cuando empezaron a bautizar al niño. Cuan-

do iban a echarle las aguas bautismales pregunta el cura:  
*Cura.*—(Teniendo la cabeza del crío entre las manos y haciendo por ponerlo bien sobre la pila). ¿Cómo lo pondremos? (Se pregunta así mismo).

*Abuela.*—(Creyendo se refería al nombre que se le impondría).

Regorito como su abuelo, señor cura.

*Cura.*—No señora, no es el nombre. Me pregunto que “como lo pondremos para que no se nos derrame el agua.

Los testigos no largaron la carcajada por respeto al lugar en que se encontraban, lo que hizo que la abuela estuviera como se suele decir “echando chispas”. En este ánimo, una vez terminado el oficio y ya en la calle se le acerca el chico tartajo y le dice:

*Chico.*—Señora, Dios guarde a la criatura y que siempre le dé buenas ideas.

*Abuela.*—Al que le rompo las ideas si te apaño es a tí peaso sinvergüenza. ¡Mía p'allá! ¿Chirguete! ¡Mía p'allá qué josico!

*Chico.*—No es pa ponerse así, señora. Yo se lo deseo de buena fe. Y pa que vea que es verdad, le voy a dar un consejo...

*Abuela.*—¿Consejo? ¿Consejo tú? ¿Qué consejo me vas a dar, machango? ¿Qué consejo? Dí slo.

*Chico.*—El consejo que le doy es el de que no deje salir a la calle al niño.

*Abuela.*—¿Qué no lo deje salir? ¿Por qué, si se puée sabé? ¿Por qué?

*Chico.*—Porque si este niño sale a la calle y se le mete el Sol en la cabeza, nos queamos sin Verano.

# EL OJO DE VIDRIO



En un timbequillo que tenía en las inmediaciones de la plaza del mercado de Las Palmas Rafaelito el Sajonao se reunían muy frecuente, por no decir casi todas las tardes, Pepito el Rubio, Manuel el Manío, Luis Legartija, el Niño Bonito, el Gorriaor y otros, los cuales mediante una vaca reunían para tomarse algunas botellas de vinosa. Allí se hablaba de todo, de gallos, de botes, de fútbol, de las diversas cosas que pasaban en la Isla. Como les digo se hablaba de todo, sin dejar fuera política, ciencias, artes, etc.

No con la frecuencia de los citados pero sí muy a menudo, aparecía en la reunión Pepito el Península, el que llegó a la Isla para hacer el servicio militar, aquí casó y se quedó fondiao. El Península, hablaba más que una cotorra, y, mentía más que hablaba. Para que se puedan dar cuenta de la clase de mentiroso que era, les diré que cuando decía una verdad se quedaba colorado y se disculpaba con “Ya me quivoqué”. Con esto queda aclarado la clase de mentiroso que era.

Pues bien, llegó el Península en el momento en que estaba hablando el...

*Manío.*—¡Señores! ¡Estoy asombrao!

*Bonito.*—¿Qué pasa? ¿Por qué?

*Manío.*—Endenantes veí a la hija de Pancho el Aburrión...

*Bonito.*—¿Acuasla?

*Manío.*—La que tenía enferma der corazón. La que se embarco pa perarse. ¡Oye! Si la ves, no la conoses. Tú sabes que antes estaba asuláa, pos ahora paresese una mansana de coloráa y gorda que se apuesto.

*Bonito.*—Argo me habían dicho de eso. Parece que le hicieron una peración en er corazón y le quitaron una válvula y se la pusieron de plástico y se a queao nueva.

*Manío.*—Hay que vé lo que adelanta la siensia. La siensia está muy adelantá.  
Miren ustedes que...

*Península.*—No se asombre usté Manué ni ustés tampoco. Eso de la siensia no es de ahora. Eso dende hase bastante tiempo. Yo les voy a desí una cosa que ustés no me la van a creé.

*Rubio.*—Usté dira, Pepito.

*Península.*—Siendo yo un chaváa, allá en mi casa donde mi padre qués relojero trabajaba por el ofisio, en una ocasión en que estaba desarmando un reló, se le saltaron las ruelas y una de ellas le rosó en un ojo a mi padre, el que de momento no le dio la importansia que tenía. Al poco tiempo de esto, emesó a vé un brumero, un brumero por el ojo dañado que le hiso temé er que perdiera el ojo y fue cás de un oculista, el que le recomendó que fuera a Barcelona y se operara...

*Manío.*—... y ¿qué?

*Penínsular.*—Que fue. Lo operaron y le pusieron un ojo de cristá.

*Rubio.*—Y, ¿se queó bien?

*Península.*—¿Bien? Mejón que bien. Si les digo lo que les voy a desí, no me lo van a crée.

*Rubio.*—¿Er qué?

*Península.*—¡Bien! Mejón que bien, como la dicho, es poco. Ar poco tiempo de tené el ojo postiso empezó a notá como una nube y un picó y era según el oculista que le estaba pegando el injerto del ojo...

*Lagartija.*—(Mirando para los otros haciendo gestos de su extrañeza). Juum... puee sé...

**Península.**—Na de que puee sé. Es que es. Y lo más grande es que ve por el ojo de cristá mejón que por el de é. Pa que vean lo que le pasa con er nuevo ojo, ustes saben que no hace mucho fui a veslo, pues mi padre sigue trabajando en el oficio a pesar de que tiene serca de setenta años, y cuando le pregunté que si veía bien me dijo que mejón que antes y pa demostrarlo nos fuimos a la huerta y mirando para el cielo me dise: ahí llega una codorní. ¿Dónde, padre? le digo y me dise: Aquel puntito negro que viene por allí es una codorní. Yo se lo discutí y él seguro de que era; y al poco tiempo vi que tenía rasón, pues era una codorní...

**Rubio.**—Lo creo por que usté lo dise, que si me lo dijera otro...

**Península.**—Hasta yo si no lo hubiera visto tampoco lo creo. Por eso no m'extraña lo de la chica esa de la vávula esa...

**Gorriaor.**—Eso a mí no me asombra por que yo veí una cosa casi paresía al ojo de su padre. Ustedes conocen a Luis Garepa.

**Varios.**—Sí.

**Gorriaor.**—Pos a Luis Garepa le pasó que una ves que fue a bitolar unas maderas, que saben que es carpintero, pos cuando estaba trabajando en la sierra no se dio de cuenta y la sierra le arrancó er deo gordo de la mano izquierda arrente. Se puso un puñao de serrín en er deo y se fue pa la casa y cuando allegó le dijo a la mujer que le trajera la cabra rusia y cuando se la trajo le dijo que le cortara una teta y se la cortó. Se la puso onde antes tenía er deo y se puso pimientón, telas de araña y una venda. Ar cabo de quinse días o un mes, pisco más, pisco menos, ya tenía er deo pegao. Le pegó el injerto.

*Península.*—(Algo mosca). ¡Hombre... pue sé...

*Gorriaor.*—Na de que pue sé. Es que es. ¿Ustés no se han fijao en que er deo gordo de la mano izquierda no es iguá que er de la otra?.

*Varios.*—¡Hombre, sí!

*Península.*—Y... ¿lo usa?

*Gorriaor.*—Cómo que si lo usa. Pa que se dé de cuenta cómo lo usa le diré que el otro día nos alcontramos aquí en la plasa, que ende cuándo no los velamos, y después de saluarnos me invitó a una copa en er Polo. Fimos y en ves de una copa pedimos un cafén y nos sirvieron dos cafenes solos, pero como yo no me lo tomo sino cartao u con leche le dije ar camarero que me trajera un pisco leche pa cortar er mío, pero Luis Garepa dijo que no hasía farta y ansina mismo fue. Ansina mismo fue, porque é embicó er deo pa mi tasa y le ordeñó tres chorros de leche que tenía jasta espuma...

*Península.*—¡Hombre! Lo creo porque usté lo dise, pero yo eso no lo veo muclaro...

*Gorriaor.*—Usté no lo verá claro. Pero triga a su padre pa que usté vea que con el ojo de vidrio ¡oiga! lo ve clarito.

¿TIENE CALLOS?



Gregorito el “Callo Burro”, tenía un cafetín al canto abajo del barrio de San José, serquita de los Poyos del Obispo.

El hombre era famoso en todo el barrio y fuera de él.

La fama se le debía a la gran cantidad de tapas que tenía y la buena bebía que despachaba. Allí no había nada de garrafón. Todo era de botella.

Gregorito se desvivía porque los clientes tuvieran un servicio.

Por lo que les dejó expuesto, era muy visitado el cafetín, donde se formaba cada tenderete de padre y muy señor mío.

Bueno un día de estos en que había de haber tenderete, pero que no lo hubo no se sabe por qué y él lo agradeció bastante, puesto que así podría tener los pies en reposo, ya que los callos que tenía no le permitían estar de pie una larga temporada (y cuando se sentaba y los sacaba de los zapatos pa refrescarlos, hasta las moscas le molestaban y se las ajulaba con sacudidor de los de papeles de colores), se le metió por las puertas en el preciso momento en que se acababa de sentar un endevío con unas copitas de más y al verle entrar el alma se le vino a los pies haciéndole exclamar:

*Gregorito.*—(Con cara de angustia). ¡Ay mi madre! ¡Vaya lata que me voy a tener que tragar! Ahora que iba a descansar un rato.

Entra el cliente, bastante cargado como dejó dicho, atraca al mostrador, sin pedir práctico y le dice:

*Cliente.*—Deme una vinosa...

*Gregorito.*—(Se le acerca rengueando). ¿Cómo lo quiere?

*Cliente.*—Grande.

*Gregorito.*—Pero ¿cómo? ¿blanco, tinto, dulce ó corriente?

*Cliente.*—De uno cualquiera.

Servido que le fue lo solicitado, se interesa por una de las tapas de las muchas que estaban expuestas en el mostrador.

*Gregorito.*—(Dando detalles). Tengo chochos, queso tiesno y de plato, salchichón, mortadela, ropa vieja, tengo...

*Cliente.*—(Que se dio cuenta de los pies). ¡Oiga! ¿Tiene callos?

*Gregorito.*—¡Hombre! Sí.

*Cliente.*—Pues cómprese unas alpargatas.

# LA RAYA

Era Maestro Pancho el Boquino, maestro mayor de obras, hombre campechanote; vivía en el Risco de San Nicolás donde contaba con una buena camarilla de amigos, todos ellos amantes de sus macanazos de ron, regatas de botes, peleas de gallos etc. etc.

Maestro Pancho, por su formalidad en los tratos, era bastante estimado, lo que se demostraba con la gran cantidad de trabajos que le caían, algunos de gran importancia como el que motivó su viaje a Arucas y donde sucedió lo que a continuación reseño.

Para que lo estudiara y le diera presupuesto, don José el Cubano, de aquella localidad, le entregó un proyecto a nuestro personaje, y que después de bien calculado produjo el presupuesto correspondiente. Presupuesto que el Cubano aceptó y del que personalmente le dio la aprobación en un encuentro que tuvieron en el Camino Nuevo.

*Cub.*—Me alegro de encontrarle, Maestro.

*Mtr.*—Usted dirá.

*Cub.*—Acepto su presupuesto y espero que el Domingo suba a Arucas para ultimar.

*Mtr.*—El Domingo subiré, descuie.

Con esta noticia el sábado por la mañana llega a su casa y se lo hace saber a su mujer, rescomendándole:

*Mtr.*—Pa mañana me aprepapas la ropa nueva que tengo que dir pa Arucas...

*Mjr.*—¿Pa Arucas? ¿Y con la ropa nueva? Ni que yo tuviera loca. La ropa nueva no la sacas tú de casa na más que pa un día señalao.

*Mtr.*—Pero mujée, si es pa dir ca Don José el Cubano pa lo del presupuesto.

**Mjr.**—Eso es otra cosa. Porque si es pa dil porái entonces no hay de qué. Que yo te conozco. Empiezas a pisquiar y vienes que da pena verte. Por eso es por lo que te lo digo.

**Mtr.**—A ti ta dao con lo del pisqueo y tú sabes muy bien que endecuando que no aprébaslo. ¡Y como tengo yo el estomago! Ta loca.

**Mjr.**—Yo sé por qué te lo digo. Empresipias sin querer y determinas que da pena verte y al día siguiente estás muriéndote.

**Mtr.**—Desta vez verás que no pasa na.

Como sábado que era y para estar preparado para el viaje del Domingo a Arucas, nuestro hombre después de almorzar y dormir su siesta va a la barbería para que lo pelen y afeiten.

Una vez servido, se quedó hablando con unos conocidos sobre los botes con uno y metiendo la baza con otros que discutían sobre la U. D. Las Palmas en su salida a la Península.

Llegó la discusión a calentar los ánimos, y para que se apaciguaran uno de ellos invitó a tomar un ron en ca de Matildita la Sajosna, que lo tenía muy bueno y con un taperofo que según él, daba sentimiento de lo bueno que estaba.

Maestro Pancho se puso remolón en los primeros momentos, alegando que le caían mal las copas.

**Uno.**—Eso será de algún ron malo de los que hay porái. El de la Sajosna está más bueno. Vamos, cristiano.

**Mtr.**—Ustedes no me estén atentando...

**Uno.**—Mastro Pancho, una na más. Usted verá.

Remoliniando, remoliniando, van cas de la Sajosna y atracando el Boquino al mastrador dice:

**Mtr.**—Vamos a vee eso. Traiga pa cá un pisco, Matildita, questa gente sanpeñao en que lo aprebe.

Servido que fue el ron el Boquino se pasa la copa por la nariz y dice:

*Mtr.*—Juum. Nos ta mal. Por lo menos buen olóo tiene.

*Uno.*—Jínqueselo pa que vea.

*Mtr.*—(bebe) Chacho, ta bueno. ¡Juum! ¿De onde es? Se pue sabé...

*Matildita.*—Yo no sé. Me trajieron ese garrafón pa que lo fuere despachando a ve si gustaba y por los moos vistos parece que esta bueno.

*Mtr.*—¿Bueno? Esta manífico. Vaya una cosita asíá, caballeros.

Y así con elogios al ron, discutiendo de botes y hablando de fútbol, llegó a ponerse el ambiente bastante caliente, ya que se fueron encangrenándose, encangrenándose, que salieron de casa de la Sajosna, muy cerquita de las once de la noche, esparramándose cada cual pa su lado.

El Boquino llegó a la casa jarto de ron, y con voz aguardentosa le dice a la mujer que lo recibió hecha una fiera:

*Mtr.*—Dame la comía...

*Mjr.*—¿Comía? Miá pallá. Comía. Comía porque vienes jarto de bebía...

*Mtr.*—Ya encomienzas. Dejemos la fiesta en paz...

*Mjr.*—En paz ahora que mañana las jaquecas son pa mí. A mí no te me vengas a quejá del estómago como en otras ocasiones. Veremos mañana como amaneces, con una cara de vinagre y unos quejíos, pero, pa mí, ya te puees estar muriendo. Ya veras...

Efectivamente. A la mañana siguiente amaneció el Boquino con una cara de vinagre y unos dolores en el estómago que no le dejaban vivir y todo eran lamentaciones.

*Mtr.*—¡Ay mi madre mialma! ¿qués esto, madrita mía del Pino? Más nunca tomo más una copa de naa. Mira que yo no quería...

*Mjr.*—Ya se ve. Lo dejaste en la botella.

*Mtr.*—No te ensañes. No te ensañes y aprepárame argo de las hierbas que me das en otras ocasiones pa esto...

*Mjr.*—Ahora a tomar llerbajos cuando tantas ocasiones ta dicho que en la botica tienes que alcontrar argo que cura ensegufa esos malejones.

*Mtr.*—A la botica ya diré. Ahora dame argo asín Dios te salve el alma. Ay Virgen Santísima mi barriguita mialma. Tengo unos raguñones que parece como si tuviera dentro del estómago un gato jugando con un ovillo de hilo, o un perrillo chico jalando un calzetín. Anda mujé, dame argo.

Mientras se ponía el traje nuevo le fue preparanda el agua que solicitó, la que bebió con verdaderas ansias. Ya al despedirse la mujer insiste en lo de la botica, haciendo que lo tomara en consideración, por lo que al bajar por el callejón de la Bica y desembocar en la calle de Pérez Galdós, al ver que iba un señor leyendo la prensa, le pide por favor le indicara una de las boticas que se quedan de guardia los Domingos. Una vez comprobado le señala la que está frente al Cuartel de San Francisco, a donde se dirige nuestro hombre, solicitando algún remedio para el mal que le aqueja.

El farmacéutico muy solícito le indica:

*Frm.*—Le puedo preparar una dosis que le irá bien porque es bastante suave y de muy buenos resultados.

*Mtr.*—(Rehusando lo ofrecido). No. Naa de suave. No jeñor. Yo quiero una cosa que me arranque. Pero que me arranque de una ves too lo que tengo que no me deja viví.

*Frm.*—Bien señor. Le prepararé lo que me solicita. Ah, tengo que decirle que hace efecto rápidamente; a lo más que esperará será a unos cinco o diez minutos...

*Mtr.*—¿Pero arranca?

*Frm.*—Ya lo verá. Ya lo verá usted. Los efectos son rápidos.

**Mtr.**—Eso no tiene que ver. Como tengo que dir a Arucas, si me siento algún sangoloteo, aflojo en los piratas.

**Frm.**—Bien señor. (En breves momentos queda preparado lo que debiera tomar, lo que hace rápido).

Para su mal y mayor desgracia del Boquino, en el momento en que pisaba el quicial de la puerta de la calle, le para un futuro cliente que le había encargado un presupuesto, entablando el diálogo siguiente:

**Clt.**—Me alegra el verle, maestro.

**Mtr.**—Usted dirá?

**Clt.**—Acepto el presupuesto que me mandó. Sé que está un poco subido al cotejarlo con otros que me han dado, mas como quiera que tengo de usted muy buenas referencias no me importa y tengo interés en que se haga cargo de la obra...

**Mtr.**—Hombre, muchas gracias. En eso que le han dicho de mí no lo han engañao. Yo gracias a Dios ende que comencé al jacer trabajos por mi cuenta, que en buena hora lo diga, no astao aparao nunca (Mientras sostenían el diálogo el tiempo transcurría y el Boquino no se daba cuenta.)

**Clt.**—Por ello mi inclinación hacia usted. Sé que tiene hechas bastantes y buenas obras y por ello...

**Mtr.**—(Para dar una referencia de cómo hacía sus trabajos y sin darse cuenta de que el tiempo transcurría, le hace saber).

**Mtr.**—Ya ve. Ayer mismo echemos un techo que llevaba de cemento unos veinte sacos y le echemos... (En estos momentos se siente apurado por los efectos de la pócima tomada y despidiéndose del cliente todo apurado le dice:).

—Mire, mañana me lo dice. Adiós. (El cliente le miró extrañado por el cambio sufrido en él). Tira nuestro hombre por la acera de la farmacia hacia San Bernardo, pero no bien había dado un paso, sintió

los efectos de lo que se había tomado. Como fiera acosada, pero con una cara de angustias por el mal trago que estaba pasando, nuestro hombre se iba deslizándose por la acera donde iba dejando los efectos de la toma, a la vez que no dejaba de lamentarse). Ay madrita mía del Pino. ¿Qué es lo que me dio ese condenaio hombre? Suuus. Suuus. Esto no lo quiero yo ver ni en un perro. Y por lo más que lo siento es por el tesno que no tiene na más que dos posturas y lo voy a char a perder. Por algo no quería yo venir a la Botica. Pa esto.

De esta guisa y paso tras paso llegó hasta la esquina Sur de la Plaza de San Bernardo, donde se paró y miró hacia atrás viendo el estero que había dejado. Cuando se estaba limpiando el sudor que le producían las fatigas que estaba pasando, se le acerca una buena mujer y le solicita:

*Muj.*—Oiga, cristiano.

*Mtr.*—(Con los ojos como los antoñitos en hielo). ¿Qué quiere, mana?

*Muj.*—Me quiere decir si sabe ¿onde hay una botica de guardia? ¿Uste sabe?

*Mtr.*—(Mirando hacia atrás dice). Mire, señora. Siga la raya canela que hay en l'acera y en la misma punta tiene una.

# VAYA A LA PLAZUELA



Pa que se puean apercatá der cuento que voy a desisles, les tengo que hacer saber qué pasó en la Plazuela que hoy le disen de Hurtado de Mendoza y antes le llamábamos de Los Patos. Le llamábamos de los Patos porque en un tanque que había en el mismo centro habían muchos patos y patas. De antes aquello era muy bonito y muy entretenío, ya que habían varios choscos, que eran el de Guerrero, que vendía tabacos, éste estaba cuando entramos de la Catedrá; le seguía el de Molina qués onde pasó lo que más adelante les diré, después déste estaba el de Carvajal, vendía pedriódicos y cigarros, y ende antonses hasta hoy el de Quevedo que vendía, vende y seguirá vendiendo cosas pa los músicos.

El chosco de Molina, como era un cafetín que hoy le disen un Bar, allí se reunían los intelectuales de toas Las Palmas, allí se veían, músicos, literatos, podestas, como les digo, de too lo mejorsito en custiones de talento. Tamién aparesían por allí los que se dedicaban a jugarse sus manitas al dómimo, a la porra, jugarse un damero, un ajedrez. De estos dos últimos juegos, ajedrez y damero, se ocupaban los intelectuales que los de la porra y el dómimo eran pa la gente más corruta, las que se jugaban sus partías corrientes; luego se jugó la garrafiña y por último se impuso er chamelo. En esto der chamelo habían varios equipos que eran de los que mandaban las peras a la plasa, u séase que eran endevíos que vivían del juego y al que caía entre sus manos lo dejaban más pelao que una rana.

Bueno, una ves que les tengo dicho too lo que han leío, les voy a presentar al personaje de este cuento que es Matías er der queso, que ée se dedicaba a vender queso

que desía que era de Guía man que fuere de Agaete. Matías era de lo más visioso que se puea encontrar. El jugaba hasta la mosca, cuando no podía jaser una partía de baraja u dómينو; por éste último perdía er tino.

Resurta que una ves fue por la Prasuela y vio que estaban jugando una partía de chamelo, y mi hombre se asercó a veslo jugar. Tanto se enbebió que no se apercátó de que entre los jugadores habían dos que eran unos tramposos a los que hoy llaman tabures u que viven der juego.

Pues como les desía, Matías se entusiasmó tanto, que al estar un asiento vasío se asentó al lao de uno de los jugaores, por lo que cuando aquel metía una ficha que a Matías no le parecía bien se remoliniaba en la silla como dando a entender que debía de jugar otra que no la ficha jugada. De ello se dio cuenta el jugador —uno de los tabures— y le dice:

*Jugador.*—Haga el favor de estarse quieto. Cada vez que pongo una ficha que a usted no le gusta, lo da a entender y de esta manera descubre mi juego.

*Matías.*—Yo no... usté...

*Jugador.*—No me diga que no, porque ya me he dado cuenta de ello. Si usted quiere jugar puede hacerlo. Yo le cedo el puesto, ya que me tengo que marchar.

Matías, haciéndose el remolón, le dice:

*Matías.*—¡Hombre! Yo... A mí me gusta echáa, una mano. Pero por mí no se vaya a dir.

*Jugador.*—Es que ya debía de haberme ido. Si usted no quiere jugar y hay otro que quiera, le doy mi puesto.

Matías para que no se le adelantaran se sentó, y empezó el juego.

Los contrarios se dieron cuenta desde los primeros momentos de la clase de jugador que tenían enfrente y em-

pezaron a darle liña y dejarle ganar, por lo que Matías estaba que no cabía en el cuero. Cuando se creyó que tenía ganado bastante, se retiró.

*Matías.*—Señores, me tengo que dir. Mis compañeros me están esperando en la plaza. ¿Ustedes juegan aquí siempre?

*Uno.*—Sí. Tenemos nuestra partidita casi todas las tardes.

*Matías.*—Antoneses no ha de ser hoy sólo que venga por aquí. Cualquier día de estos vengo otra güelta.

Se despide de los compañeros de juego y cuando iba por la calle Lentini para la plaza del mercado, comprobó que había ganado unas cincuenta pesetas u séase dies duros. Dies duros de los de antes, de los que tenían singuío. Iba como chiquillo con sapatos nuevos.

*Matías.*—Estos con quienes jugué son unos totorotas. En menos de náa, les alevanté dies duros. Aquí me saco yo un suerdo, si es que allego a vení más arreo, arreo.

Razonando de la manera que dejo dicho, llegó al mercado y les hizo saber a los compañeros:

*Matías.*—¡Vaya unos totorotas los que juegan en la Prasuela al dómino! En menos de náa les alevanté unos dies duros.

*Uno.*—No te fíes. No te fíes que eso es pa jaserte la cama, y cuando menos te lo pienses te ganan jasta los carsetines.

*Matías.*—¡A mí! Esos no ganan náa. Ya me apercaté de cómo juegan. A mí que me den jugaores como esos y me jago rico en menos de náa.

Basándose en lo que ganó en la primera partida, fue en dos ocasiones más, habiendo ganado en la segunda unas veinticinco pesetas, pero en la tercera, cuando más dineros llevaba (ya que había vendido todo el queso que trajo y que le sacó unos noventa y pico de duros muy serquita de los sien), empleando la misma táctica le dieron liña al prin-

cipio pa terminar dejándolo sin un céntimo. Se lo ganaron too. Lo dejaron límpio. Matías, más escolorío que un muerto al darse cuenta de que había perdido cuantos dineros tenía, se despide no dando a entender que había perdido todo lo que tenía.

*Matías.*—Señores, me tengo que dir por que se me jase tarde pal coche y mis compañeros me están asperando en la plasa. Ya vendré otro día.

*Uno.*—Cuando quiera. Ya sabe que siempre que venga está entre amigos.

Camino del mercado Matías no hacía náa más que pensáa.

*Matías.*—¡Dito sea Dios! En qué estaría yo pensando. Si cuando me dieron er cuatro seis, yo meto er seis tres, por la jugáa, me tenía que vení er sinco de cara, yo me viera doblao y viera ganao una porriá. Y en la jugáa del tres cinco. En qué estaría yo pensando tamién que no enseñaré. Yo ar poer que puea me desquito en otra casión.

Cuando se presentó a los compañeros, uno de ellos al verle la cara le dice:

*Uno.*—Tú perdiste.

*Matías.*—No me digan náa. Parece que estaba en la hora de la boberfa.

*Otro.*—No te lo dijí. Te jisieron primero la cama pa ahora darte er sartenaso.

*Uno.*—¿Perdite mucho? Cuánto te ganaron?

*Matías.*—Me ganaron too er dinero que tenía y más que tuviere. Me dejaron sin un séntimo. Como que me tienen que emprestar pa poer pagar er coche. Me dejaron límpio.

*Otro.*—Tú no escarmientas. Ya otra güerta te pasó cuasi lo mismo.

Estando enfrascados en la conversación, se les acer-

ca una pedigüeña con un niño en el cuadril y otro un poco mayorsito agarrado de la mano.

*Pedigüeña.*—¡Caballeros! Hágame una limosnita por el amor de Dios.

*Matías.*—Perdone, señora.

*Pedigüeña.*—Miren. Háganlo por lo que más quieran.

*Otro.*—Que perdone lían dicho, señora.

*Pedigüeña.*—No lo hagan por mí. Háganlo por estos niños que no tengo quien me lo gane.

*Matías.*—(Como una fiera). ¿Qué no tiene quien se lo gane? Vaya a la prasuela. ¡La dejan límpia!

# DESENGANCHE EL MIO

Para pagar una promesa hecha a la Virgen del Pino, consistente en la entrega de una vela de cera de tres pesos (375 cada peso) hubo de trasladarse a la Villa de Teror Maestro Pancho “el Roncaor” esposo de Ugenita “la Tupía” quien fue la que, encontrándose atacada de unos fuertes dolores de reuma que la tenían postrada en cama, prometió a la Virgen que si la ponía buena le llevaba su velita.

Efectivamente, después de lo prometido se encontró la mujer tan bien, que no hacía nada más que recordarle al marido que “contra viento y marea” la vela llegaba a su destino.

Acordaron ser los dos los que la llevaran para, entrando de rodillas, ponerla a los pies de la Virgen. Pero como los humanos proponemos y es Dios quien dispone, el día del Pino por la mañana amaneció la Tupía que no pudo levantarse de la cama, encargando a su esposo que fuera él quien la llevara, lo que así prometió éste.

Antes de salir de la casa le recomendó la mujer:

*Mujer.*—Tú Pancho no te vayas a tardar mucho. Ende que entregues la vela, te largas pabajo, que ya ves como estoy. Tú no tardes.

*Pancho.*—Tás loca muchacha. Qué hago yo en Teró después de entregar la vela. Naa. Yo no hago ná más que llegar y en ensegúa estoy aquí. Ya verás.

*Mujer.*—Te lo digo porque te conozco. Tú no vayas a beber Pancho.

*Pancho.*—¿Tú te crees que viéndote como te veo voy hacerte eso? No lo pienses siquiera. Ni que yo no tuviere sentimientos. Escuida que yo a lo más tardar al medio día estoy de vuelta.

El amigo Pancho tomó billete en la estación de los coches de línea, "pá di y viní" y metiéndose en uno de ellos para Teror, se largó, llegando en muy poco tiempo debido a la rapidez de los nuevos coches puestos en servicio.

Quando llegó a Teror pudo contemplar lo que en todos los años sucede. Mucha gente. Ventorrillos por todas partes. Romeros que llegaban y otros que ya marchaban después de cumplir lo prometido.

Al dirigirse hacia la Iglesia y estando frente a uno de los ventorrillos, oyó que le llamaban desde éste.

*Voz.*—Mastro Pancho, venga p'acá.

*Pancho.*—No, caballeros. Tengo que estar pronto en mi casa y no quiero empezar por que yo sé como es esto.

*Voz.*—Venga p'acá ¡cristiano! ¡Oiga! Hay un ron que parte el alma.

*Pancho.*—No me estén atentando. No me estén atentando.

Si viera sólo otro día no les digo que no. Pero ahora no puée ser. ¡Qué más quisiera yo!

*Voz.*—Totá no es más que una copa, Mastro Pancho.

Tanto insistieron en que se tomara una sola, que nuestro hombre picó y, acercándose al mostrador, vio que ya se la tenían servida.

*Pancho.*—(Al beberla) Esta y náa más que ésta. No quiero empezá porque me conozco.

*Amigo.*—Si totá una copa no hace ná y así lo apreba.

*Pancho.*—(Huele el ron y dando de cabeza dice). Buen olor tiene.

*Amigo.*—Bébasela y ya me dirá.

*Pancho.*—(Bebe y chascando la legua pregunta). De onde es? Está bueno. (Para corresponder a esta invitación manda servir otra copa). Ponga lo mismo. Me a gustao. Sí. Esta bueno.

Sirven la otra corrida y una vez servida le ofrece el ventero:

**Ventero.**—¿Quiere un pisco casne cabra?

**Pancho.**—Traisla.

Hay que hacer constar que en las fiestas del Pino toda la carne que se despacha en los ventorrillos y algunos bares la ofrecen como carne de cabra, pero lo que sí es más cierto es que, pasados los días de la fiestas, no se encuentra a un perro ni para una medicina.

El Roncaor una vez metido en cangrena ya no se acordaba de nada ni de nadie, y así fue que estando bastante cargado y al preguntar por la hora, al saber que eran las seis de la tarde el hombre se despide y se dirige al sitio desde donde parten los coches para Las Palmas.

Una ves dentro de uno de ellos, como quiera que no había mucha gente dentro, se pone junto al volante y escorándose sobre éste se queda dormido, siendo llamado por el chófer cuando iban a poner el coche en marcha, lo que tenía que hacerse por medio de una manivela pues carecía de arranque eléctrico.

**Conductor.**—Dale alante.

**Manuel.**—¡Ay mi madre! Este coche es como los burros majoreros que hay que jurgarle en la cruz pa que caminen.

**Conductor.**—Haga el favor de callarse. (Al cobrador). Dale.

Al darle para ponerlo en marcha, el motor hace una explosión y se queda parado, por lo que el Roncaor le dice al chófer.

**Manuel.**—Está añurgao. Como no le asople no se pone en marcha.

El Cobrador le da nuevamente y los mismos resultados.

**Manuel.**—Usté no me hace caso. Asóplelo cristiano.

**Conductor.**—Por lo que veo a usted le gusta la broma.

**Manuel.**—Ni broma ni ná. Cuando le de otra güelta lo voy a soplar yo pa que vea. (Cuando le da nuevamente a la manivela, sopla y el coche se pone en mar-

cha.) Qué le dije. La soplá que le faltaba.

Camino de Las Palmas el coche, el amigo Manuel le dice al chófer:

*Manuel.*—Oiga, ¿este coche es de la quinta de Don Cristobal Colón que en paz descanse su alma?

*Chófer.*—Haga el favor de callarse. Si no quiere ir en el coche, vaya caminando.

*Manuel.*—Caminando, ¿de qué? Lo que a esto no hay derecho. Este coche es un carrancio. Esto no camina ná.

*Chófer.*—Ya le he dicho que...

*Manuel.*—Sí, que vaya caminando ¿no?. Más pronto se allega, que no montao. Pa mí que a este artomovi lo que le pasa es que tiene los zapatos apretaos y no puée arrejundir. ¡Si yo lo llego a saber, a mí no me apaña!

Sin dejar de hablar, haciendo bastante alegre el viaje con sus dichos, llegaron a Arucas, y al entrar en la carretera en el sitio donde llaman el Pino por tener una inclinación bastante pronunciada, dando facilidad para arrancarlo al salir, el conductor para el coche y, extrañado el Roncaor por este motivo al fijarse en el capó y en el radiador por donde se le pone el agua, como éstaba humeando se dirige al pasaje:

*Manuel.*—Señores, aprepren las chicharas que el potaje esta jerviendo. (Fueron grandes las risas que ello despertó, por lo que el conductor le llamó la atención).

*Conductor.*—Por favor se lo pido. Cállese hombre.

*Manuel.*—¿Y por qué se apara el coche?

*Chófer.*—Porque está caliente el motor.

*Manuel.*—El que esta más que jerviendo soy yo. Vamolos asín Dios le salve el alma. Vamolos cristiano que tenía que está en mi casa endecuando.

*Chófer.*—Hasta que no se enfríe un poco el coche no podemos irnos.

**Manuel.**—¿Cuánto tiempo tenemos que estar aquí pa que se le quite la calentura?

**Chófer.**—Veinte o treinta minutos.

**Manuel.**—¿Qué está diciendo? Media hora. Usted está loco.

**Chófer.**—Antes no me voy.

**Manuel.**—(Desesperado). Oiga chofle, ¿cuántos caballos tiene este coche?

**Chófer.**—Veinticinco.

**Manuel.**—Por antonces desengache el mío que yo me voy alantre y ustedes dirán después.

A MI MUJER NO LE GUSTA



Maestro Manuel "Garepa" era un buen maestro carpintero que habiendo quedado viudo en segundas nupcias sin haber llegado a cumplir los cincuenta años, estaba "muerto y asao" por encontrar una nueva compañera que le hiciera llevar la vida dentro de la mayor armonía.

Las dos primeras esposas les fueron arrancadas por la parca a los pocos meses de matrimonio.

La primera duró en su compañía solamente once meses, habiéndole causado un tan profundo dolor en su ánimo que lo dejó bastante derrumbado, no obstante ello, a los grandes males hay que ponerles grandes remedios —frases del Garepa— y por ello contrajo las segundas. Estas las disfrutó mucho menos, pues que a los seis meses por causa de un accidente sufrido por la esposa, a consecuencias de él murió.

Y ya conocidos los anteriores detalles, pasemos a dar a conocer los que componen este relato.

El "Garepa" al verse solo, se resolvió por buscar donde y como fuera una nueva compañera, no dudando la encontraría entre las tantas mujeres que para su edad vivían en el barrio donde él radicaba.

Después de una paciente búsqueda y tirando de "tarraya" tuvo conocimientos de que una tal Candelarita la "Fina" dedicada a la costura y especializada en la de hombre, estaba "muerta y asáa" por conseguir un "marío" ya que a los cuarenta y nueve años en que frisaba aún era soltera de nacimiento.

El "Garepa" al tener conocimiento de ello se dijo: "Esta es la mía" y se dedicó a pensar la manera en que podría ponerse en contacto con la "Fina", encontrándolo

en el hecho de encargarle la confección de un “tesno” de dril, que no dudaba le daría pie para desde el primer momento y tras de darle un par de “rucutucús” o arroyos como las palomas, la plaza se le rendiría. Efectivamente. Después de la visita de entrega de la tela, prueba del traje y entrega del mismo, quedó la “Fina” comprometida y palabriá para contraer lo que a la mayor urgencia se llevó a efecto.

En los primeros momentos el “Garepa” y la “Fina” parecían dos tortolitos.

Ella se desvivía por que él estuviera como un palmito y él en igual medida le correspondía, colmandola de golosinas, y cuanta chuchería creyera harían buen efecto en el ánimo de ella.

Más, como la felicidad nunca es completa, la que disfrutaban se les truncó a causa de un malestar que apañó el Garepa que no lo dejaba —como él decía— viví.

Visitados que fueron varios médicos, todos diagnosticaron “dispepsia”. Para combatirla fueron tantas las especialidades que le recetaron, que un ropero que tenían en la cocina, más que ropero parecía un estante de Farmacia.

Llegó a tal estado el del “Garepa” que le imposibilitó para el trabajo.

Estando una mañana pasando por uno de los momentos del ataque que le hacía desesperarse y clamar a todos los Santos, entró una vecina a pedirle a la Fina un “pisquito hierbahuerto pa la sopa”, la que al verle en el estado en que estaba le pregunta:

*Vecina.*—¿Qué le pasa Manolito, si se pué sabe?

*Manuel.*—No me diga ná. Estoy sesperao. Esto no es viví.

*Vecina.*—¿Qué tiene su marío, Lalita?

*Lalita.*—Vaya usted a sabé. Ende cuándo que tiene un malejón en la barriga que no lo deja viví ¡quería m’ialma! Cuando le da fuerte, da pena veslo.

*Vecina.*—Antonces yo sé lo que tiene. Seguro.

**Lalita.**—Usted lo sabe ¿por qué?

**Vecina.**—Porque lo mismo tenía una hija de Ugenita la Ratonera. Lo mismo. (A Manuel) ¿usted, no se siente, como ardó?

**Manuel.**—Sí señora. Sí. Un ardó que no me deja ni a sol ni a sombra. ¡Esto es mucho, caballeros!

**Vecina.**—Pos no le dé vueltas, Manolito. Por los moos vistos, lo que usted tiene son asedías.

**Manuel.**—¿Hace días? Hace meses quedará uste decí por que endecundo que lo tengo.

**Vecina.**—Por haga lo que ella. Se toma una genebra asustá en ayunas y ya me dirá. A ella ende que se tomó la ginebra... como con la mano.

No sia sentío más. Hágalo y se acordará de mí.

Efectivamente. El Garepa desde la mañana siguiente que probó lo de la ginebra asustá y que consistía, en meter en la copa donde está la ginebra, el rabo de una cucharilla cuando esté bastante caliente, no dejó de hacerlo, llegando a tomarle tanto gusto, que muchas veces porque “no le diera el doló” se pegaba sus golpitos, pero con menos susto, ya que, por no encontrar la cuchara a mano, no se molestaba.

Al darse cuenta de que lo de la ginebra le costaba sus buenas pesetas, fue aflojando en lo de la calidad de las bebidas, y de la ginebra terminó parando en el vino perrero con el cual apañaba cá tajá que daba pena. Ello hizo que en la casa los disgustos con la Fina fueran diarios, ya que por el estado en que se hallaba de continua borrachera abandonó el trabajo, convirtiéndose en una verdadera calamidad.

En ocasión de venir montado en una tremenda “mona”, llega a la casa canturreando aquello de “Esta noche, no alumbra la farola del mar...” La mujer lo recibe como una fiera enjaulada.

**Mujer.**—¿Esta noche no alumbra? No alumbre ende cuán-

do por mol de que nos cortaron la luz por no pagasla. Y too ésto por tus borracheras ¡bandío! ¡Mal rayo caiga y te parta l'alma! ¡Mia p'allá! ¡Mejóo te diera verguenza, peazo perdulario!

*Manuel.*—¡Señora, n'ofenda!

*Mujer.*—¿Nofenda? ¡Bandío! Que se me cae la cara de verguenza, ca vez que te oigo vení. ¿Quién me iba a decí a mí que allegaras a esto? ¡Maldita la hora en que me casé contigo! (llorando) Nunca creí pasar lo que estoy pasando...

*Manuel.*—(Al verla llorar) ¡Mueno! ¿Ya l'entró la llorona. Oír lo de la llorona la Fina e irse a él como una fieira y embestirle de bofetás, arañazos, y con una alpargata, darle varios golpes en la cara, todo fue uno.

Sin dejar de castigarle y empujándole hasta la calle, lo arroja de la casa diciéndole:

*Mujer.*—Aquí no entras más. ¡Bandío! Esta casa es muy mía. Quítate de mi vista. La puerta de esta casa se ensierra pa ti.

Lo empuja la Fina a la calle, cerrando de un portazo.

Al verse en la calle el Garepa, debido a lo mucho que había bebido y no pudiendo sostenerse se arrima a la pared por la que se va deslizando y cuando le falta poco para llegar a una esquina y se da cuenta dice:

*Manuel.*—¡Ay mi madre l'alma! Cuando me falte l'asquina ¡Aquí te quiero ver escopeta...!

Estando en este estado pasa un conocido que le dice:

*Conoc.*—¡Bonita tajáa lleva, Manolito! ¡Bonita!

*Manuel.*—Por ya tú ves. A mi mujée no le gusta.

# TODAS LAS DE ARRÍA



Maestro Pepe Garepa, era un carpintero dedicado más bien al remiendo que a la obra nueva.

Por su gran habilidad o maña para cualquier remiendo, era muy solicitado, teniendo su clientela entre las casa más pudientes, donde siempre hay algo que arreglar.

Contaba como todo maestro del oficio con un ayudante al que llamaban el Lagartija.

Maestro Pepe era muy aficionado a la cacería, en especial a la de la perdiz.

Tenía un perro perdiguero que según él era tan inteligente que sabía más que Lepe.

Una pena le embargaba y era el no contar con una buena escopeta.

En ocasión en que fue reclamado por Don Usebio el Cubano para ver un trabajo de su especialidad —el arreglo de una Panoplia— al ver las armas de fuego que en ella había se lamentó ante el Cubano de la siguiente manera:

**Garepa.**—Ya usted ve. Usted con tantos regolves y yo no tengo ni una mala copeta, que si tuviere una otro gallo me cantara.

**Cubano.**—¿Por qué, Maestro?

**Garepa.**—Es que a mí me gusta la casería y nunca ha podido tené ninguna. Si yo tuviere una, otra cosa sería. Traía alperdises por cargas.

**Cubano.**—(Viendo la cara de desconsuelo del Garepa le hace el ofrecimiento siguiente). ¡Hombre! Yo tengo una que hace tiempo no se usa; si le sirve yo se la regalo.

**Garepa.**—Usted démela que yo me las apañaré pa arreglarla.

Le entregó después de hablar del arreglo, un trabuco de los que se cargan por la boca y nuestro hombre se fue como chico con zapatos nuevos.

El Cubano le había dicho que el arma se cargaba por la boca a base de pólvora y perdigones, contestándole el Garepa que él ya lo sabía.

Cuando llegó al taller como llamaba al cuartucho en que trabajaba, le mostró el trabuco al Lagartija y se entabla el diálogo de esta manera:

*Garepa.*—Mía pacá. ¿Qué te parese? ¡Eh! Nos salvemos.

*Lagartija.*—¿Qué copeta es esa?

*Garepa.*—Es un trabuco. Se carga por la boca con polvera, perdigones y un julminente. Tú verás el Domingo cuando vamos a casar.

*Lagartija.*—El Domingo ¿onde?

*Garepa.*—Yo tengo un casaero que ya verás. No vamos a deja nenguna. Tú aprearate pal Domingo que ya verás.

Efectivamente. Para el Domingo se prepararon, habiendo dejado cargado el trabuco hasta la misma boca.

Una vez en el cazadero, el Garepa da las últimas instrucciones a su ayudante.

*Garepa.*—Mira, pa ajuliar a las arperdises, tú te subes a aquella loma y las ajuleas pa que se alevanten y yo dasles el tiro.

*Lagartija.*—Mastro Pepe ¿estará bien las copeta?

*Garepa.*—Tú déjame a mí. Ya veras. Del primer macanaso no va a quear ni una. Las copeta la tengo atraguñá jasta el gollete. Tú verás.

Efectivamente. Preparados que estuvieron, da la señal el Garepa y el Lagartija enarbola un trapo blanco haciendo levantar en vuelo a un buen número de perdices, oyéndose a su vez un tiro cuyo sonido más parecía el de un cañón que el de una escopeta.

El lugar ocupado por el Garepa desapareció entre

la gran cantidad de humo que produjo el tiro, por lo que el Legartija, al no ver al Garepa, llega corriendo, y al contemplar la escena, al Garepa con un pañuelo conteniendo la sangre que le salía por la boca y los restos del tabuco esparcidos, indaga:

*Legartija.*—¿Cuántas cayeron? ¿Cayeron muchas?

*Garepa.*—(Sin quitarse el pañuelo de la boca). Buu...

*Legartija.*—¿Cuántas, Maestro?

*Garepa.*—(Como la vez anterior). Buu... buu...

*Legartija.*—Pero ¿cuántas? ¿Muchas?

*Garepa.*—(Quitándose el pañuelo de la boca y mostrándole las encías de la parte alta de la boca) (donde no le quedaba ninguna pieza). ¿No luestás viendo? Toas las de arría.

# LAS COSAS DE DON PEDRO



Don Pedro el Moganero, al que ustedes tienen que conocer, se vio en la necesidad de “taladrarse” a Las Palmas, pa que sus hijas —las muchachas como él decía— fueran a una escuela pa aprender, por mor de que en el pueblo donde vivía la “discuelera” que había no sabía como pa enseñarlas.

Era hombre de una posición acomodada, tenía sus buenas perras, por lo que no daba un golpe con respecto al trabajo. Vivía de las rentas.

Sin encomendarse a Dios ni al diablo, un buen día arranca con las hijas pa Las Palmas y se va a vivir a una casa de su propiedad que tenía a la subida del Risco de San Nicolás.

Ingresadas que fueron las muchachas en la escuela, nuestro hombre al encontrarse solo como la una, estaba entre dos aguas, si “dilse o quearse”. Según él no se “jallaba en el ambiente” por mor de que en el pueblo era el amo.

Las hijas se dieron sus mañas y lo fueron amosando, amosando, hasta que lo metieron en el “ambiente” de la suidá.

Para que se puedan dar cuenta de lo amoroso que lo tenían les diré que hicieron se vistiera de “sastre”, a lo que se negaba porque él estaba arregostao a que lo “jisiera una costurera” de toa la vía.

Como de la casa salía poco y veían las muchachas que pasaba días y días atrocao y sin resollar casi nada, le indicaron que se diera sus paseos por el Puerto o el Parque de San Telmo. Lo consiguieron, y también que se hiciera socio de algunas sociedades de recreo entre las que

están indicadas la del Náutico, Metropol, Casino y Mercantil. Hecho socio del Mercantil, a los pocos meses se hizo del Casino. En éste como era más fino el ambiente desde los primeros momentos, cuando iba se arrinconaba en un butacón y no hacía nada más que prestar atención a lo que los otros hablaban. Fue nuestro buen hombre entrando en relaciones y ya hasta se permitía dar alguna opinión —opinión que le pedían unos cuantos guasones para reírse por el estado cerril en que estaba criado—.

Por la época a que refiero estos datos, la Sociedad Filarmónica, acordó traer un Concertista de Piano para, con la Orquesta, dar unos conciertos en el Galdós.

Por ello donde quiera que se hablara de novedades aparecía lo del Concierto y la labor que estaba haciendo la citada Filarmónica.

Hasta las niñas en las horas de la mesa solían comentar lo de la Filarmónica y le pedían al padre que las llevara, oponiéndose de momento.

*Don Pedro.*—¿Pa que diantre, quieren dir?

*Niña.*—Es que van fulanita, siclanita las hijas de don fulano y de don siclano y además que podemos estrenar los trajes que nos mandan desde Madrid y usted puede estrenar el traje nuevo.

Tanto le metieron el barrenillo de lo de la Filarmónica, que estando en el Casino llama a uno de los mozos y le pregunta:

*Don Pedro.*—¡Oye, cháa! ¿Onde se venden las entráas de la Filiarmónica?

*Mozo.*—En la trasera del Teatro.

Se encarrila nuestro buen hombre a la Secretaría de la Sociedad y después de encontrarla se entrevista con el Oficial encargado.

*Don Pedro.*—¡Güenos días los dé Dios!

*Oficial.*—¡Buenos días!

*Don Pedro.*—¿Es aquí onde se venden las entráas de la Filarmónica?

*Oficial.*—Sí señor. Aquí es.

*Don Pedro.*—Antonses, deme cuatro entráas.

*Oficial.*—¿Es usted socio señor?

*Don Pedro.*—¡Ende luego! ¡Masíao! Si no, no viera venfo.

*Oficial.*—Me hace el favor de los carnets.

*Don Pedro.*—Los casneses, no los tengo aquí que siempre los dejo en mi casa.

*Oficial.*—Me da su nombre por favor para comprobar en el fichero.

*Don Pedro.*—Yo me llamo Pedro Mermues pa servísle a Dios y a usté.

Comprobada que fue la ficha de Don Pedro y sus niñas el oficial le invita a exponer lo que desea.

*Oficial.*—Usted dirá lo que desea.

*Don Pedro.*—Deme cuatro entráas.

*Oficial.*—¿De qué localidad?

*Don Pedro.*—¿Acúaslo?

*Oficial.*—Que de qué localidad las desea. Tenemos butacas, Anfiteatro y Paraíso.

*Don Pedro.*—Démelas de las más caras.

*Oficial.*—Entonces cuatro butacas.

*Don Pedro.*—Ansina es.

*Oficial.*—Usted me dirá de qué fila las desea.

*Don Pedro.*—(Creuyendo que le querían tomar el pelo al oír lo de la fila) (algo mosca) ¡Oiga! Yo tengo cara de bobo ¿u qué?

*Oficial.*—(Viendo la actitud en que se puso) ¡Hombre! Yo...

*Don Pedro.*—¡Usté! Usté lo que tiene que jaser es darme lo que le pío y listón.

*Oficial.*—Pero señor, es que si no me dice de que fila quiere las entradas le puedo dar unas que luego no le agraden. Por eso mi interés en que me diga de que fila las quiere.

*Don Pedro.*—(Como dándose importancia). Y me lo pregunta a mí. Míe que usté es fabeto. Yo quiero...

*Oficial.*—Si ya lo se. Usted quiere cuatro entradas de butaca y yo le ruego me diga de que fila las quiere.

*Don Pedro.*—Yo lo creí mas listo. De que fila va a ser ¡cristiano! de la Fila-armónica.

# ¿COMO QUE MAÑANA?



En ocasión en que tuvo que hacer un viaje a Las Palmas, JUANITO "El Callú" dio motivo para el siguiente cuento.

El Callú, le provenía a nuestro hombre de unas durezas que por mool de unos consumíos zapatos le pusieron los pies de forma tal que daba pena verlos.

Tenían que ponerlos de remojo como los tollos pa mal ablandarlos de vez en vez.

Caminaba cargando la pisada sobre los talones o carcañales y la caída del pie era de las de tirada de torta.

Probó con un sin fin de calzados y todos ellos le molestaba, optando por emplear botas de vaqueta engrasada y con uno o dos puntos más de los que calzaba, amortiguando el contacto del pie con el calzado por medio de unos pares de calcetines de lana que la mujer le hacía.

El día que ocurrió lo que relato, era de los de un sol que rajaba las piedras. De los que hasta el asfalto lo dejaba ralito. El piso ardía como una brasa. Mi hombre cuando tuvo que ir hasta la estación de los coches de hora para tomar el que le tenía que llevar hasta su casa, no sabía donde poner los pies.

Iba por la calle de Pérez Galdós hacia la de Bravo Murillo, cuando en sentido contrario venía un señor leyendo el periódico, por lo que sin darse cuenta le jínca un pisotón, que le hizo caer al suelo con unas fatigas que el alma se le arrancaba.

El de la pisada, después de atenderle, todo era pedirle perdón y disculpas, hasta que para consolar al Callú le dijo:

**Pisante.**—¡Hombre! Usted me sabrá perdonar. No vea en mí mala intención. Yo lo lamento ¡Caray!

**Callú.**—Hermano. Usted no se puee dar de cuenta las fatigas que me ha jecho pasar. Esto no lo quiero ver yo ni en un perro, qués lo que tengo yo pegao en los pies.

**Pisante.**—Créame que lo lamento. Pero esto nos puede pasar a nosotros en cuanquier otro momento. Usted sabe que hay un refrán que dice: Hoy por tí y mañana, por mí.

**Callú.**—(Revirándose como una panchona, lo aferra por las solapas y levantando el pie (calzaba un cuarenta y tres), —le jínca el gran pisotón, contestándole).  
—¿Cómo que hoy por ti y mañana por mí? Hoy por mí y no aspero pa mañana, porque ahora mesmo, me marchó pa Agaete.

# PASO AYER PA LABANA

En una aristocrática Sociedad de Cultura y Recreos de ésta, había un mozo, entre los muchos con que cuenta, dedicado pura y exclusivamente al servicio de una peña constituida por señores de los llamados bromistas, y cuyas bromas aún son muy nombradas por los efectos que ellas tuvieron.

Una de estas bromas fue la siguiente.

Estando reunidos no la totalidad de la peña, pero sí los más ingeniosos, llamaron al mozo de mi cuento (que no era tan mozo, ya que tenía bastante edad) y le encargan que de un bar que aún existe frente a la citada Sociedad, les trajera las bebidas siguientes, todas a base de nombres de barcos que pasan por nuestro Puerto de la Luz.

Uno le pidió un Bravantia, otro un Limburgia, otro un New-Castle y así un buen número de barcos, a lo que nuestro hombre les dice:

*Mozo.*—Como yo no me voy a acordar de tantos nombres, es mejó que me los apunten en un papé.

Dado que le fue el apunte, va al Bar citado y solicita que le sirvan lo que llevaba anotado. El dueño que había prestado sus servicios como mozo al igual que el de nuestro cuento le dice:

*Dueño.*—Tú sos bobo, muchacho.

*Mozo.*—(Mosca). ¿Por qué?

*Dueño.*—Estos son nombres de vapores...

*Mozo.*—¿Cómo? ¿Nombres de vapores? Ahora verás.

Sale como una fiera para la Sociedad y pasa por delante de los de la peña sin mirarles.

Desde que le vieron entrar se pusieron en guardia

para ver los resultados de la broma y, al pasar sin decirles nada, uno le llama.

*Uno.*—¿Por qué no has traído lo que te pedimos?

*Mozo.*—(Con un humor de perros). Porque estaba cerráa la Casa Consinataria.

La explosión de risa fue unánime entre los que allí se hallaban y que estaban al tanto de los resultados de la broma.

Nuestro hombre iba como una fiera cuando fue requerido por un señor que hacía poco tiempo era socio y por lo tanto desconocía lo de las bromas.

*Mozo.*—¿Usted me llamó? ¿Qué quería? (Todo ello dicho en un tono que ya se pueden imaginar).

*Señor.*—Tráigamos del Bar un kotel blay.

*Mozo.*—(Con ganas de embestirle). ¿Cote qué?

*Señor.*—Un kotel blay.

*Mozo.*—Allegó tarde.

*Señor.*—(Un poco violento). ¿Por qué?

*Mozo.*—El cote blais pasó ayer pa la Bana. A mí más papores no.

# EL VIAJE A PARIS



Don Pedro el Batata, se casó con Doña Carolina la Carraqueña en segundas nunsias, porque ella enviudó de un tal Don Jerónimo el Carraqueño.

Este Don Pedro, fue primero peón de la finca y después, casó con ella, de donde le allegó el Don, pos antes era Perico, y después Pedro a secas.

Ella lo tenía como un parmito: se dislocó de tar manera con el casorio que asegún argunos trabajadores de las varias fincas que heredó la viuda, daba hasta de cara tanto relajo.

Perico, Pedro u Don Pedro, aprovechando el clarito, haciendo el sorrocloco, la engatusó de tar moo y manera que se supo que en viaje que hisieron pa Las Parmas muy emperifoyaos, sin ser día de fiesta fue pa jaserse unas afo- tos, a la ves que la Carraqueña jisiera testamento. Lo hiso y ende ese momento er nuevo conyugüe, la tenía que no la sortaba al sor ni a sombra.

Ella se emperró en que hisieran un viaje pa fuera a lo que é se mostraba remolón; tanto lo estuvo jortigiando, hasta que quedó de acuerdo en dar er viaje.

Ella por esto estaba como gallina sin nidáa, tanto es así que pa ir acostumbándose, toos los días antes de armorsá, se daban su baño. En uno de estos o mejor dicho por moor de uno de estos, la Carraqueña dio er toletaso pues se le ocurrió bañarse con agua tibia y se puso entrepuertas, que apañó una pormonía que en menos de náa, como les dejo dicho, la abicó. Dio er toletaso y aquí vemos a nuestro buen don Pedro convertido en redero suniverá de la Carraqueña.

Pa ajuliar la aburrisión que le entró por er percance y

jullir de los recuerdos, se taladró pa Las Parmas a una casa que tenía vasía en la calle los Reyes. Pa que lo atendieran bien ya que estaba argo estraño aquí en la sudiá, se trajo a una muchacha que tenía como sirvienta en vía de la esposa y que le conosía las mañas de é.

En los primeros momentos, donde más paraba era por el mercado, donde habían muchos que le conosían. Luego se fue retirando y se hizo socio der Mercantí y por último, del Casino.

En el Casino siempre ha existido una peña de guasones que a cualquiera le cuergan una broma por menos de náa, y a nuestro personaje le dieron liña hasta que pudieron meterlo en la reunión y se fue soltando.

La mayoría de los contertulios le desían que por qué no se dedicaba aviajar. Hacer un viaje a Madrid, Barcelona o París. Tanto insistieron, que cuando menos lo esperaban lo da a conoser.

*Don Pedro.*—Señores, saberán que me largo de viaje.

*Uno.*—¡Cómo!

*Don Pedro.*—Ya les tengo encargao en er Cajón de don Luis que me arreglen los documentos y en cuanto los apañe en mis manos, ¡viaje que te pego!

*Uno.*—¿Lo pidió para el extranjero?

*Don Pedro.*—¡Masiao! Pa l'extranjero y otras nasiones.

Llegado que fue el día de la partida o mejor dicho la víspera, lo hizo saber de la siguiente manera:

*Don Pedro.*—¡Señores! Mañana arranco la penca.

*Uno.*—¿Para donde es el viaje?

*Don Pedro.*—Jasta Madrín y d'allí, Dios dirá. Si arguno tiene que mandar argún recao pa argún conosío, ya sabe, no tiene más que mandáa.

No pocos comentarios provocó el viaje del Batata. Se cruzaron apuestas de que no duraría una semana ausente de la Isla, habiendo perdido los que tal aseguraban ya que el viaje duró cerca de un mes y medio.

Nadie se acordaba ya del santo nombre del Batata, cuando una tarde y en el momento en que estaba más concurrida la tertulia, se presenta nuestro Don Pero al que colmaron de saludos. Hubieron apretones de manos y algún que otro abrazo, todo ello preparando el terreno para hacerle hablar, lo que no tardó en hacer.

*Uno.*—Y... bueno Don Pedro. ¿Que tal ese viaje?

*Don Pedro.*—¡Manífico! ¡Si yo lo viere sabío antes! ¡Vaya unas cosas ha visto!  
Aquí no hay náa de náa...

*Uno.*—Cuenta, cuéntenos cómo le fue.

*Don Pedro.*—(Al saberse centro de toda la reunión estaba en la butaca sentado como gallina clueca cuando está empollado). ¡Qué les voy a decir! ¡Por mucho que les diga, me queo engosto! ¡Vaya cosas ha visto! Y que vía aquella, caballeros!

*Don Pedro.*—En papor no lo quise jaser porque una vez que me embarqué cuando las fiestas de la Lus, en un remorcaor, cuasi se m'arranca e larma. Fi en avión. ¿Oigal! En un singuío los pusimos en Madrín.

*Uno.*—Qué ¿le gustó?

*Don Pedro.*—¡Hombrel! Nue está mal. Pero en comparansia con lo que yo veí fuera de Madrín, Madrín nues náa.

*Uno.*—¡Ah! ¿Pero usted estuvo fuera de Madrid?

*Don Pedro.*—Ende luego. Fimos jasta París. Por sierto. Madrín ar lao de París es como, —vamos a un poné— San Cristoba comparao con Las Parmas. ¡Vaya una cosita así que es París.

*Uno.*—Y ¿cómo le fue?

*Don Pedro.*—De primera. Lo peor que tienen allí es que no hablan cristiano. Hablan en champurriao. Menos máa que siempre hay algunos que hablan

como losotros, sobre too en los noteles. Tamién como losotros fimos con los de la Agencia der bastón Luis, pos ellos nos desían lo que era.

*Uno*—Entonces los atendieron bien?

*Don Pedro*—Yo ar menos no me pueo quejá. Me pusieron en un buen noté. Un noté que tenía debajo, barbería, sapatería, tiendas de ropa, sen fin de cuanto se puea pedí por boca. Ende que allegamos los tuvimos que apuntá, asegún dijieron era pal registro y ver onde nos metían. A mí me dieron la habitación núm. cuarenta y dos, bastante buena por sierto, y me dijieron: Cuando nesesite argo, no tiene que bajar, llama usté por teléfano y ar momento será usté servido.

*Uno*.—¡Hombre! Eso sucede en todos los hoteles buenos.

*Don Pedro*—No lo dúo. Pero lo que no susée en nenguno es lo que me pasó a mí.

*Uno*—¿Que fue ello?

*Don Pedro*.—Pos casi náa. Resurta que cuando estaba en mi cuarto y me fi a muar de ropa, me apercaté de que tenía los sapatos argo astropiaos y me dije, digo, “voy a preguntá a bajo si entodavía están las tiendas abiertas pa comprá unos sapatos” ¡oigan! si no lo veo no lo creo. No jago más que descorgar er canuto der teléfano pa preguntá y me disen ende abajo ¿er cuarenta y dos? ¿Quién demonios les dijo a aquella gente que yo carsaba er numero cuarenta y dos? Y por este estilo no salía de mi asombro de too lo que veía.

Como díbamos de discursión, los llevaron a una torre que es toa de jierro, ende abajo jasta arría con un enrrejillao y los metieron en

un cajón que le apretaron un botón y en un singuío los pusimos arría ende onde veí un barranco, pero con agua de banda a banda que lo cogemos aquí y los salvemos, en luarto de la torre hay un cafetín que cuasi siempre asegún oí desí está repleto de gente, y por fuera tiene una baranda tamién de jierro, ende onde se ve a too París de Francia; yo me eché afuera porque veí dentro mucho relajo, se le jincan a uno arría y too lo arreglan con “padrón, padrón maansuuuu” o una cosa ansina disen. Ya les digo allí había un regumbio de mujeres hembras y hombres machos, que pa mí no me gustó, y por eso, nos fimos. Cuando nos dábamos y pregunté que era aquello onde habíamos estao me dijieron que le desían la Torre Infiée, que no deja de tené su cosa porque como les desía es toa de jierro enrrejillao. Ese día veí tamién el Arco der Tunfirio onde hay un reververo enseñó día y noche y que me dijieron que era un menumento pa los caídos en las guerras y pa argún sordao que se muera y sea esconosío. El Arco der Tunfirio no es ni más ni menos que como los arcos que jasemos aquí pa las fiestas, lo que pasa que allí es de semento y jierro, pa que sea asegún oí desí perene, que tamién me dijieron que quería desí pa siempre. Como estuve varios días porque yo me queé allí, veí cuasi too lo que hay allí. Fi a Veersanyes, una iglesia pisco más, pisco menos como la iglesia der Pino pero un pisco más grande, que a mí me paresió que le desía “Nuesta de más”. Lo que yo dije que era un barranco con agua allí le disen un río y lo llaman er Sena. Pos

fi a comé con otro que me llevó al orillo der río Sena, pa merendá en un cafetín de aquellos que hay por allí, que me dijo que eran muy nombraos los cafenes der río Sena y yo en ves de río, cuasi lloro de lo que me cobraron. Por dos copas de mermú y dos enyesques, tuve que pagar desayuno, armuerso y sena, de lo caro que me costó.

Yo allí golisnié too lo más que púe. Veí los Campos de Don Eliseo qué maníficos de bonitos y presiosos que son. Fi a un trato que le desían una cosa ansina como “folías vergüer” y en verdá que de folías aquello no tenía náa y de vergüensa mucho menos. ¡Vaya descaros, caballeros! ¡Oh! yo me salí. ¡Con esto les digo too!

*Uno*—¡Caray, Don Pedro! Por lo visto usted aprovechó bien el viaje.

*Don Pedro*—Y tanto. Ya que fi no me quise venii esconsolao Yo creo que veí too lo que se puea vé en París de Fransia.

*Uno*—¿Fue a algún sitio típico?

*Don Pedro*—¿Acuá sitio? Yo lo golisnié too, como lia dicho.

*Uno*—Uno de los barrios típicos de París es donde se reunen casi todos los artistas...

*Don Pedro*—También fii. Me parece que le disen de Mastro Mamamerto. Y dise usted que es típico ¡no me lo pierda! De típico pa mí no tiene náa. Ahora de tipos y ¡que tipos! está aquello plagao. ¡Vaya gentusa, caballeros! Yo no veí a nenguno que mersiera la pena agacharse pa recogerlo. Me dijeron que eran artistas, músicos, teratos, pintores, de estos si que veí en toas las calles y en una plasa de aquel barrio una

plaga d'ellos. Muy jediondos son. Unos toos peluos, vestílos con rengues, escarsos, escoloríos que paresían que tenían colóo bein, que ustés saben que er coló bein es coló cafen con leche mas leche que cafén. Desían allí que era bodemia y que ellos eran bodemios, pero pa mí lo que eran en ves de bodemios de bademia era esmallaos de anemia, por que aquellos hasían mucho tiempo que no comían comía caliente. ¡Bodemial ¡Sí jeñor! ¡Anemia, caballeros!

*Uno*—¡Carambal ¡Carambal Se ve que usted aprovechó bien la salida.

*Don Pedro*—¡Hombrel Ya que uno sale pa fuera, entre más se gosa mejón. ¡Ah! Entodavía no les ha dicho de la misa la mitan. Si vieran visto que fi a un sitio en que habían alimales de toas las clases, como lo que tenemos en er Parque de Santa Catalina, ú mejor dicho, onde está er noter. que le disen como cuando uno quiere aparar a un burro, soo.

¡Oigan! No jise na más que allegar y entrá y me queé asombrao. Vaya machanguerío, que veí. Habían machangos, gorilias, chipanseles, titines y de cuantos machangos se puean pedil por boca, ¡como pa cargar un barco! Trigués y trigas, leones y leonas, plumas, coyotes y coyotas, de toos habían machos y jembras, me dijeron que eran pa que sacaren crías, porque allí de toos los sanimales que haygan hay la pareja y ansina se ajorran bastante dinero porque aprovechan las crías. Habían unos alefantes, que paresían camiones, unos popotamos, estos más bien se paresían a comionetas. Hay también unos burrillos chis-

paos u mejón dichos arrayaos, que se parecen a las mantas que venden lo-sindios, que me gustaron bastante. De lo que me queé bastante amaguao, fue de que no me quisieran vender un perro que yo lo quería pa la finca mía que anduve de tras del hombre que lo tenía cuidando y náa, no me lo sorto por náa de este mundo. Era con unas manchas negruscas y blancascas y colóo canelo. Venía siendo como un perro bardino, pero, un pisco mas grande. Le desían... ¿cómo le desían, José? ¡Aaah, yastá! Les desían Lionardos u Leopordos.

*Uno*—Por lo que veo, a usted no se le quedó nada en el tintero...

*Don Pedro*—Como lía dicho endenantes, pa argo a salió uno de aquí.

*Uno*—Usted no olvidará nunca este viaje. Seguro que habrá traído algún souvenir...

*Don Pedro*—Pos yo, su venir, mardito que lo había pensao. Yo no pensaba venir, marditas las ganas que tenía de jaseslo. Por mí si no me ajulean me queo allí por más tiempo.

*Uno*—Yo de venir no le decía nada. Me refería a si no traíjo algún recuerdo.

*Don Pedro*—¡Masiao, que lo traje! Por sierto que es una noveá nueva que no hay asegún me dijieron ná más que esa en er mundo y otras nasiones.

*Uno*—¿Qué es, si se puede saber?

*Don Pedro*—¡Ya lo creo que se pue sabé! Golísniando, golísniando, caí onde había una disposición de relores, que aquello quitaba er sentío. ¡Vaya relores habían allí! Yo ende el empresipio me namoré de uno que como les dije me dijieron que no había otro iguá en er mundo. Y como me queé namorao de é, le dije envuérvamelo

que yo me lo llevo, cuéstemelo que me cueste, y pa Las Parmas arranqué con él. Me costo lo mío, pero "vale más un gusto que sien pesos".

*Uno*—Y... ¿se puede saber qué tiene de particular ese reloj?

*Don Pedro*—Pos que dise los meses, los días, las horas, las medias horas, los cuartos de hora, cuándo sale la luna y cuándo se pone, cuándo lleve y cuándo es de secano, los días de la semana, cuándo jase frío y cuando jase calóo...

*Uno*—De esos relojes hay bastantes. Yo vi uno a bordo de un barco alemán que era muy igual a ese que usted dice...

*Don Pedro*—Se parecería argo ar mío pero no tiene lo quéste. Este mío la noveá nueva que tiene, es que ca día de l'año, toca una piesa de música distinta. Ansina que me goso tressientas sesenta y cuatro piasas de músicas ca día una distinta...

*Uno*.—Pues, no le veo la novedad. No está completo...

*Don Pedro*—¿Cómo que no está completo?

*Uno*.—No señor. No está completo porque el año tiene trescientos sesenta y cinco días y ahí le falta una pieza si tiene solamente trescientos sesenta y cuatro.

*Don Pedro*—Cuidao ¡y perdone! cuidao que usted es inorante. Usted es un hereje.

*Uno*—¿Por qué?

*Don Pedro*—Porque la piesa que le farta es por Semana Santa. Er Viernes. Usted no sabe que er Viernes Santo lo único que se toca es la matraca? Eso no lo toca, porque nues música.

# A SACAR L'ANTRÁ



Pepe el Aburrión, después de una estancia de varios años en Venezuela, regresó a Canarias con una buena porriá de bolivias y dollas, lo que convertido en pesetas lo hicieron "millonista", como decían en el pueblo donde se radicó por haber nacido en él, sus convecinos.

Trajo además de dinero, un título de DON impuesto por aquel.

El Aburrión, una vez acomodado, se hizo benefactor del pueblo, contribuyendo en el hermoejamento del mismo. Por ello a nuestro hombre se le metió entre ceja y ceja el levantar un Cine para que los del pueblo turieran una distracción, la que a la vez le fuera a él productiva.

Ultimados que fueron los trámites para la construcción, se puso de acuerdo con un maestro mampostero, para que a la mayor rapidez fuera terminado el citado Cine.

Se hizo cargo de la obra Maestro Manuée Suspiro, al que entre otras cosas le hizo saber:

*Aburrión.*—¡Vea maestro! Yo quiero que esta obra esté terminada corriendito. Tiene que trabajarla a gran velocidad. Por dinero no lo haga. Yo lo que quiero es que si se puede hacer en un mes, no se tarde dos. ¡Usted, me entiende!

*Suspiro.*—(Casurron) ¡Hombre! ¡Yo! ¡Pa mí! ¡Que más quisiera yo!

*Aburrión.*—¡Nada! Si usted viera como trabajan en Caracas. Allí se empieza una obra como ésta tal como hoy y en menos de dos meses ya está la estructura terminada. Allí...

*Suspiro.*—Eso es allí. Aquí también arrejundimos. Yo lo haré lo más de prisa que puea.

Da comienzo la obra, la que en un tiempo corto se puso a la altura de dos pisos, cosa que alegró bastante al Aburrión, que iba casi todos los días por la obra. Convencido de que la obra marchaba bien, dejó de visitarla por tener que atender otros negocios, uno de los cuales le llevó a Tenerife, donde estuvo cerca de seis meses.

El Suspiro, que no tenía buena fama entre los trabajadores, ya que les sacaba el kilo y los pagaba muy mal, se vio que nadie quería trabajar con él, por lo que tuvo parado el trabajo bastante tiempo.

Al regreso de Tenerife y viendo cómo estaba de atrasada la obra...

**Aburrión.**—(Se entrevista con el maestro). ¡Vea maestro! Esto no está nada bien! Si no puede terminar en el plazo que me dio, me veré en la necesidad de quitarle el trabajo. Usted me prometió que avivaría y veo que esto no se termina más nunca.

**Suspiro.**—(Con evasivas). ¡Hombre, yo! Es que...

**Aburrión.**—Nada. Ningún deso. Si usted no puede me lo dice que yo me buscaré quien lo termine.

**Suspiro.**—Si no se lo ha determinado es que la gente se me julló. Pero yo le doy mi palabra de que enseñás se le determino.

**Aburrión.**—¡Bueno! Veremo a véo.

Se afaná el Suspiro por terminar la obra y contrató a otro oficial de tercera categoría y a un peón. Este era atotorotao, más claridad, no era muy listo. El trato para que empezara fue de la siguiente manera:

**Suspiro.**—¡Oyes, Regorio! ¿Quieres trabajar ganando veinte duros too los días arreo, arreo?

**Regorio.**—¿Onde?

**Suspiro.**—Conmigo. En el cine que estamos determinando.

**Regorio.**—Yo no las tengo toas conmigo pa dí.

**Suspiro.**—¿Por qué?

**Regorio.**—Porque yo ha oío deslí, que uste saca er cuero.

**Suspiro.**—Eso son calunias. Tu verás en cuanto pegues a trabajar.

Se pusieron de acuerdo y al otro día de la anterior conversación fue Regorito a la hora que le indicó a la obra. Según el Suspiro, no tenía que hacer nada más que servir a los dos maestros, los que se encontraban en los extremos de la obra a la que tenía que subir por una escalera de arriamar que se movía más que un badajo en días fiestas.

Nada más llegar el Suspiro le indicó a Regorio lo que tenía que hacer, según él casi nada.

**Suspiro.**—No tienes náa más que servirnos a mastro Pepe y a mí. Eso sí. De prisitas, porque esto hay que terminarlo a lo más pronto posible. Y ahora, empieza a voltiar cal y arena. Avisa cuando esté.

Se pone a voltiar el material, y no lo había terminado cuando le piden:

**Maestro Pepe.**—Sube cal y arena.

No tenía bien puestos los pies en el suelo, cuando el Suspiro le dide:

**Suspiro.**—Sube ladrillos.

Y así de esta manera uno pidiéndole que le subiera ladrillo, otro cal y arena, otro agua, otro cal y arena y otro ladrillo, no le dejaban parar, y cuando se le quejba al Suspiro, éste le decía:

**Suspiro.**—Es que esto hay que terminarlo lo antes posible.

Si es hoy mejón que mañana. Ansina que arrejunde. ¡Ah! Pa almolsar, vamos a cojer media hora náa más. Ansina avanseamos bastante.

Serían las once de la mañana y estaba tan cansado el Regorio de tanto subir y bajar las escaleras, que una de las veces en que le solicitó el Suspiro un viaje de cal y arena le dijo:

**Regorio.**—Déjeme fumáa un sigarro que estoy rendío.

**Suspiro.**—¡Tás loco! Aquí no nos poemos aparar ni pa ras-

caslos. Esto hay que terminaslo a toa carrera. Me-  
jón hoy que mañana...

*Regorio.*—Pero...

*Suspiro.*—Ni pero ni náa. De prisita, de prisita.

Baja Regorio, y cuando aún no tenía puestos los pies  
en el suelo le piden:

*Maestro.*—Sube ladrillos.

En vez de cumplimentar lo pedido, se va al cuarto  
donde tenían las ropas y coje la chaqueta encaminándose  
a la puerta de salida.

El Suspiro que lo ve marchar le pregunta:

*Suspiro.*—¡Chaa! ¿Onde vas a dil?

*Regorio.*—Onde? A sacáa l'antráa, porque este cine se ter-  
mina esta tarde.

# ME'QUIVOQUÉ

Astin el Largo, al que ustedes tienen que conocer, era un trabajador de la Carga Blanca en el muelle del Puerto de la Luz. Era —hoy les dicen retrasados mentales— antes les llamábamos “totorotas”. Este era atotorotao perdido. Contaba con un hermano, llamado Antonio que también perteneció a la carga, pero que se fue a Buenos Aires y allí llegó a hacer una buena fortuna, lo que le permitía ayudar a los familiares.

Astin basándose en el hermano, se emperró en dirse pa Buenos Aires y no hubo modo ni manera de quitarle de la cabeza el que no fuera.

*Astin.*—Quiero dir, pa que vean que yo tamién me hago rico, como ée.

no fuera lo del viaje, tanto en la casa como en el trabajo.

Como les dejo dicho, él no hablaba de otra cosa que

*Astin.*—(Entre los compañeros de trabajo). Estoy arreglando los documentos pal pasaporte; en cuanto me los den, apaño un Hailand de los que van pal Sur y me encajo en Buenos Aires.

*Uno.*—Pero muchacho, ¿onde vas a estar mejor que aquí? Aquí tienes un suerdo seguro.

*Astin.*—Náa. Me marchó y ya verán

*Uno.*—El que lo va a ver negro serás tú. ¡Mira que quererse dir ahora que se está aquí tan bien!

*Astin.*—Ustées déjenme a mí. Yo sé lo que me hago. Ha dicho que me voy y me voy. Me tengo que dir.

*Uno.*—(A los compañeros). Déjenlo y no le digan náa más. ¿Er se quiere dir? ¡Bien! Si te quieres dir, dite.

Para la mayor comprensión de este relato les he de hacer saber que en el Puerto de la Luz se cruzan dos

Hayland. El que sale de Londres para Hispano América y el que viene desde allí para Londres. El tiempo que suelen invertir en esta travesía es el de un mes, por las escalas que tienen establecidas. En uno de estos barcos marchó nuestro Astin para Buenos Aires una buena mañana. Al poco tiempo ya nadie se acordaba de él. Transcurrido que fue el mes, una buena mañana aparece en puerto el barco en que se nos fue nuestro personaje y en la banda un pasajero que tenía toda la cabeza vendada, unos trozos de esparadrapo en la cara, un brazo en cabestrillo y una pierna vendada de una manera tal que parecía la pata de un elefante.

Uno de los antiguos compañeros, al mirar para la borda, le dice a otro que estaba con él.

*Uno.*—¡Chaacho! ¡Mira a Astin!

*Otro.*—¿Qué Astin?

*Uno.*—Er que se fue pa Buenos Aires.

*Otro.*—Tú tás loco. Cómo va a sé Astin si entodavía no tiene tiempo ni de allegar.

*Uno.*—Pos es. Ya lo creo que es. Fijate bien y veras.

*Otro.*—Sí. A mí se me da un aire, pero yo creo que no es.

Siguieron discutiendo que sí sí o si no atendiendo lo que tenían que hacer. Mientras, bajaba por la escala nuestro buen Astin, paso entre paso, y una vez en tierra varios de los compañeros antiguos que se le acercan para saludarle y enterarse de las causas que lo tenían de la manera en que estaba. Uno de ellos le abraza de una manera efusiva y...

*Astin.*—(Cuando le estrujaron). ¡Ay! ¡Ay ya yay!

*Uno.*—¿Qué te pasa?

*Astin.*—Que estoy molfo.

*Otro.*—¿Qué; ¿Qué te cogió un artomóvil?

*Astin.*—No. Esto es de la gripe.

*Uno.*—(Extrañado). ¿De la gripe?

*Astin.*—Sí. De la gripe.

*Otro.*—Es que en Buenos Aires ¿la gripe da ansina?

*Astin.*—Ansina no da, pero a mí me dieron que cás me matan.

*Otro.*—Y, eso ¿por qué?

*Astin.*—¡Poos! Porque me quivoqué.

*Uno.*—¿Cómo que te quivocaste?

*Astin.*—Sí me quivoqué; porque resulta que me dio la gripe y un compañero que yo tenía en el cuarto onde veía me dijo que fuera a la botica y que comprare Vivaporús, que con eso se me quitaba. Yo fi a la botica y al pedislo me quivoqué y en ves de desii Vivaporús dije Viva Perón y fue tan grande la jalá que me pegaron que estoy vivo de milagro de Dios.

# FELÍS CUMPLEAÑOS



Fue la muerte de Gregorio el Burro la que dio motivo para el cuento que a continuación les voy a relatar.

Gregorio el Burro era hombre bastante conocido en el barrio por lo que su muerte causó bastante extrañeza a la vez que sorpresa, puesto que nadie sabía que tuviera padecer alguno que le condujera al trance en que se vio y que le costó la muerte.

Bien era verdad que aunque no se le veía por tiendas ni cafetines se sabía que le mandaba sus buenos cabezazos a la vinosa, de lo que le provenía un color sanguino que en más de una ocasión se llegó a comentar entre las amistades.

Según los médicos de la casa de socorro a donde lo llevaron cuando le dio el malejón y que después se divulgó, murió de la impresión subía.

La misma mañana del óbito o toletazo, el Burro estuvo hablando con Pepito Tranquilo, sobre las carreras de botes a celebrar el próximo domingo, por lo que fue grande su extrañeza cuando al pasar por la casa donde vivía el Burro, viendo a unos cuñados y varios amigos a la puerta de la misma y vestidos de negro, les preguntó:

*Pepito.*—¿Qué lo que pasa?

*Cuñado.*—Náa. Que se murió mi cuñao.

*Pepito.*—¡Qué me dise! ¿Qué se murió? No lo creo.

*Cuñado.*—Pos está de cuerpo presente.

*Pepito.*—Ansina y too, si no lo veo no lo creo. Si esta mañana cuando nos alcontramos estaba tan bueno y sano.

*Cuñado.*—Yáste vée. Esta mañana tan bueno y sano y ahora en la tesnia.

*Pepito.*—¡Dito sea Dios! ¡No semos nadie! ¡Quién se lo iba a desí! Si ta mañana estuve hablando con é, cristiano. Tanto es así que queémos en dir a los botes juntos. ¡Dito sea Dios! ¿Cómo estará la pobre mujer?

*Cuñado.*—Hágase cargo. Sesperáa.

*Pepito.*—¿Se puée entrá? Pá saluá a la viua.

*Cuñado.*—¡Sus hombre! Pase.

Entra Pepito que llevaba dos deítos sobre el corazón por mor de unas copejas que se había tomado con unos amigos, (amigos que eran también del difunto) y se dirige a la habitación donde tenían al cadáver. Como estaba encandilado de la luz de la calle, se para en la puerta y:

*Pepito.*—(A una vecina acompañante) ¿Onde está la viua?

*Vecina.*—(Indicándole). Mírela yi.

*Viuda.*—(Dándose cuenta de quien es). ¡Ay Pepito de mi alma tal desgracia! ¡Quién se lo iría a desí. Salí de mi casa tan bueno y sano y traérmelo calabre. ¡Ay Dios mío!

*Pepito.*—(Viendo el cadáver). Es que lo estoy viendo y no lo creo. ¡Dito sea Dios! Un hombre que aparesía rebotante de salú y...

*Viuda.*—Que nunca tuvo ni un mal costipao. ¡Ay Pepito! Qué sola me voy a quear entre estas cuatro paredes...

*Pepito.*—¡Bueno! A que hora es el entierro?

*Viuda.*—Entodavía no sabemos.

*Pepito.*—Me voy a quear pa acompañar un rato.

Pasó a una habitación en que estaba reunidos varios familiares y conocidos y tomó parte en la conversación que como cosa natural se basaba en la muerte de Gregorio el Burro.

*Pepito.*—¡Oiga! ¡No me diga! Lo acabo de ver y me parece mentira. ¡Dito sea Dios! ¡Lo que yo digo! ¡No semos nadie!

*Un cuñado.*—En hora más allá, me dijo que parecía que se sentía argo, pero que no sabía lo quera. Ni a mi hermana le dijo náa. Argo que le estaba royendo por dentro se lo llevó.

*Pepito.*—Tiene que sé como uste dise. A lo mejón uno se cree que está bueno y sano y está más podrío por dentro que una mansana tocáa.

Transcurrido que fue un buan rato y siempre hablando sobre el mismo tema:

*Pepito.*—(A uno de los familiares). ¡Bueno! ¿Aquí no hay náa pa mantené la noche?

*Un familiar.*—Están haciendo cafén. Creo que ahora mismo lo train.

*Pepito.*—(Después de que le han servido el café). Buenol Un pisco ron ¿no hay?

Le sirven un ron a él y a varios de los asistentes, y como varios no aceptaron la invitación, quedó bastante en la botella, y nuestro buen Pepito vio donde la pusieron en la cocina, por lo que pasado un tiempo hace saber:

*Pepito.*—¿Señores, onde esta el escusao?

*Uno.*—Sarga al patio y en el rincón...

*Pepito.*—Gracias. No me diga más náa. Yo po l'oló sé onde está.

Se encamina al patio pasando por la cocina y asis-cando la botella le pegó unos cuantos cabes dejándola casi vacía.

*Pepito.*—(Al regreso y al corto tiempo más jumiao). Señores, me voy a tené que dil porque mañana tengo que trabajar. ¿no saben a qué horas será el in-tierro?

*Cuñado.*—Entodavía no lo sabemos.

*Pepito.*—¡Tá bien! Yo mentero mañana. Me voy a despedi de la viua. (Saliendo). Adíos señores. (En la habi-tación donde estaba el cadáver) Isabelita, qué le

digo. Hay que aguantá er dolo. Dios lo manda. Qué le vamos a jaser.

*Viuda.*—No me diga Pepito. ¡Aaay Dios mío! Qué solita me vas a dejá, Regorio. Cómo te voy a estrañá. Con qué alegría te fite esta mañana pal trabajo. Quién te lo iba a desfí. Quien te lo iba a desf que en un día como er de hoy, tan señalao, te fuere a pasar lo que te pasó...

*Pepito.*—Señalao ¿Por qué?

*Viuda.*—Porque hoy presisamente cumplía cuarenta años. Hoy en que hasta antes de dirse pal trabajo me dijo: Sabee. Hoy pá selebrar er día matas un conejo y lo compones, y hay me dejó con er conejo embarrao. Quién se lo iba a desir.

*Pepito.*—Hay que véé! ¡Cómo son las cosas! Y dise usté que hoy cumplía cuarenta años?

*Viuda.*—Sí Pepito. Cuarenta años porque a mí me llevaba dos años y yo tengo treinta y ocho.

*Pepito.*—Sabelita. ¿Se puée vé?

*Viuda.*—Estápele.

*Pepito.*—(Se acerca al cadáver, lo destapa y se le queda mirando pa decir). ¡Oiga! Esta igualito que era. Se queó como un pajarito. Parece que esta hablado. (Le cubre la cara al difunto y se dirige a las cuatro velas que tiene por cabezera y pies, y soplándolas para apagarlas le dice). Regorito, FELIS CUMPLEAÑOS.

# EL VIAJE A VENEZUELA



La acción de este relato, se remonta a la época en que desde las Islas Canarias partieron para Venezuela gran número de embarcaciones sin los correspondientes permisos de salida o Rol, lo que motivó que no hubiera reparo en las embarcaciones empleadas. Una de éstas, fue el escenario del relato que a continuación dejó aquí reseñado.

En una de las tantas calles de la parte alta de la zona conocida por “La Manigua” tenía un cuartucho Mastro Gregorio “el Tuerto”, dedicado a la remendería de zapatos o chancos viejos, donde mal que bien sacaba “pa los garbanzos”. En el taller —como le llamaba él— se reunían todas las tardes y desde tiempo atrás, cuatro amigos que aportando a un fondo común reunían para unas cuantas botellas de vino. Vino que al hacer efecto los colocaba en situación de emprender las mayores empresas.

Por causas ajenas a la voluntad de Mastro Gregorio, el negocio vino a menos, por cuyo motivo tras pensarlo —tenidamente— como él decía, logró cuajarlo y lo hizo saber a los amigos. Eran éstos, Manuel “garepa” Pancho “rapaura” Juan “rolín” y Tomás “el chato”.

Consistía el citado negocio en la adquisición de una embarcación para salir hacia Venezuela sin que se dieran cuenta. Al hacerlo saber a los amigos se entabló el siguiente diálogo:

*Gregorito.*—Vamos a vé qué les parece lo que tengo pensado.

*Garepa.*—¿Qué ello, si se pué sabé?

*Gregorito.*—Poos... comprá un barco...

*Rapura.*—¿Que se va a hacer armador, Gregorito?

*Gregorito.*—Armadó, no. Lo del barco lo digo porque lo podemos arrancar pa dirnos pa Venezuela.

*Chato.*—¡Oiga! No esta mal ¡usté!. Yo creo que se puée hacer.

*Gregorito.*—Ya lo creo que se pué hacé. Eso es face.

Yo mañana me tiro pal Refugio y si veo una embarcación que me cuadre, le meto manos.

*Rolín.*—Pa mí que Regorito ha tenío una buena idea.

*Gregorito.*—Tú déjame a mí, que si cuaja, nos salvemos.

En este día el tema de las conversaciones no fue otro que el del viaje a Venezuela, llegando a tal extremo que cuando se despidieron, para ellos que ya se hallaban navegando.

Gregorito, después de darse sus paseos por el Refugio, llegó a ponerse de acuerdo para adquirir una embarcación que respondía a la ideada por él.

Dada a conocer las gestiones que había hecho, trataron de ver la manera de encontrar hasta quince personas que estuvieran dispuestas a hacer el viaje, encargándoles que a la mayor urgencia fueran buscadas.

Por la mañana del siguiente día de la anterior reunión, el Rolín apareció con el importe de los quince pasajeros que les eran necesarios.

Por el medio día llegó el Garepa, un poco más tarde el Rapaúra y por último el Chato.

Cuando Gregorito se dio cuenta de lo que pasaba el hombre se alarmó haciéndoles saber:

*Gregorito.*—¡Caballeros! Ustedes deben creerse que nos vamos a dir en un trasatlántico. ¡Por los moos vistos! ¿No les dije que el barco con los otros puée llevar a más de quince y eso a too reventar?

*Todos.*—Poos nosotros no podemos devolver los dineros. Ya nos apañaremos. Si nos acotejamos usted verá, Gregorito.

*Gregorito.*—Por mucho que se acotejen, sesenta no quepen. ¡Que va cristiano! ¡Tá loco!

*Garepa.*—Usted verá...

*Gregorito.*—Yo no veré. Yo ya lo tengo visto. Toos no caben ni metíos con un calzador.

Después de grandes discusiones, llegaron a ponerse medio de acuerdo. No obstante Gregorito no las tenía todas consigo.

*Gregorito.*—Bueno. Ya que no se puée hacer náa, encárguense de citar a las gente pa dentro quince días.

Fueron citados para salir desde una de las playas del Sur de la Isla y en horas de la madrugada, no dejando de acudir ninguno a la cita. Entre ellos se hallaba un tal Juanito “el largo” y esto de largo lo tenía acreditado puesto que medía cerca de sus dos metros. Era un hombre seccarrón, derechón, la voz con timbre de bajo profundo. Cuando se entrevistó con Gregorito antes de embarcar tuvo curiosidad por saber:

*Juanito.*—¡Oiga, Regorito! Disimule que le pregunte ¿el barco, lleva de too?

*Gregorito.*—¿Cómo de too?

*Juanito.*—¡Si hombre! Que si lleva “dújula”, “napa” y eso que llevan los barcos pa sabé poronde se anda en la mar.

*Gregorito.*—Yo llevo de tóo lo necesario.

Llegada la hora del embarque, aquello fue una pelea de perros, ya que todos querían ser de los primeros en meterse a bordo.

Como Dios quiso se fueron acotejando, siendo el último en entrar, Juanito “el largo” el que nada más poner los pies sobre la cubierta y echar manos a uno de los cabos o cuerda que desde el palo mayor amarraba a la borda, creo que llamado “estay”, Gregorito dio la voz de levar y aquí tienen a mis gentes camino de Venezuela.

*Juanito.*—Mire el napa Regorito, asín Dios le salve e'l alma.  
¡Ay madrita mía del Pino! Si salgo d' sta a mí  
nuay quien me apañe más en un barco. Si le  
viera jecho caso a mi mujée...

*Gregorito.*—¡Cáyese cristiano y déjenos el alma tranquila!  
Nuevos días de navegación y menos personal a bordo  
e insistencia del "largo" en lo del napa.

Quedaban solamente siete a bordo cuando al pedir  
el "largo" lo del napa, Gregorito se decide a mirarlo, para  
lo que extendiendo un mapa en cubierta señaló la situación  
de las Islas Canarias.

*Juanito.*—Las Islas las dejemos atrás jace bastante tiempo.  
Ahora lo que tiene que ver es si falta mucho pa  
que lleguemos.

*Gregorito.*—(Señalando en el mapa). Como les decía, aquí  
están las Islas Canarias. Asperen a vé. (Sigue  
pasando el dedo por el mapa como trazando  
una ruta). Aquí veo...

*Juanito.*—¿Qué lo que vei?

*Gregorito.*—Aspera a vé...

*Juanito.*—¡Arrejunda! Asín Dios le salve l' alma. ¿Qué vei?

*Gregorito.*—Unos puntitos negros...

*Juanito.*—Y usted ¿qué crei?

*Gregorito.*—Que si son Islas, nos salvemos. Pero si...

*Juanito.*—¿Pero si ¿qué?

*Gregorito.*—Pero si son manchas de moscas, antonces que  
el Señor nos coja confesaos.

## INDICE

### III.—PALABRAS DE LA AMISTAD.

- 3.—*Un día de Casnaval*
- 7.—*¿Me conoce, Manuelito?*
- 13.—*El niño cabesúo*
- 19.—*El ojo de vidrio*
- 25.—*¿Tiene callos?*
- 29.—*La raya*
- 37.—*Vaya a la Plazuela*
- 45.—*Desenganche el mío*
- 53.—*A mi mujer no le gusta*
- 59.—*Todas las de arría*
- 65.—*Las cosas de don Pedro*
- 71.—*¿Cómo que mañana?*
- 75.—*Pasó ayer pa Labana*
- 79.—*El viaje a París*
- 91.—*A sacar l'antrá*
- 97.—*Me'quivoqué*
- 101.—*Felís cumpleaños*
- 107.—*El viaje a Venezuela*

**Este libro se terminó de imprimir  
en los Talleres de Pedro Lezcano  
el día 7 de Marzo de 1968**

